

# STUDIA MONOGRAPHICA & RECENSIONES

edita a

Maioricensi Schola Lullistica, Studior. Mediaeval.

## Vol. III



EL PENSAMIENTO POLÍTICO CATALÁN MEDIEVAL COMO  
TRANSFONDO DEL MALLORQUÍN DE LA MISMA ÉPOCA

por el

*Dr. Don F. Elías de Tejada y Espínola*

Palmæ Balearium, 1949

# STUDIA MONOGRAPHICA & RECENSIONES

edita a

Maioricensi Schola Lullistica  
Studiorum Mediaevalium



Vol. III

BIBLIOTECA

ELIAS DE TEJADA ET SPINOLA

*Dr. F. Elías de Tejada et Spínola*

«EL PENSAMIENTO POLÍTICO CATALÁN MEDIEVAL COMO  
TRANSFONDO DEL MALLORQUÍN DE LA MISMA ÉPOCA»

Palmae Balearium, 1949

## MAIORICENSIS SCHOLA LULLISTICA

Sesión pública tenida a las 7'30 de la tarde del día 3 de enero de 1949, y Recepción en la *Schola* del *Magister* electo Ilmo. Sr. Dr. Don Francisco Elías de Tejada y Spínola, Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Salamanca.

Después de las preces reglamentarias y con la venia del Excmo. y Revmo. Señor Obispo-Canciller, salieron del Aula los *magistri* Sres. Enseñat y Colom, acompañados del Secretario Lic. Sbert Massanet para introducir al Señor Recipiendario.

Acompañado de dichos Honor. Señores entró en el Aula el Dr. Elías de Tejada, prestando seguidamente el juramento.

El Señor Obispo-Canciller cede la palabra al *Magister* Dr. Elías de Tejada, el cual pone en manos del Sr. Rector de la *Schola* un Mensaje del Excmo. Señor Rector Magnífico de la R. y P. Universidad de Salamanca, diciendo:

«Es gratísimo para mí, Muy Honorable Señor Rector de la Escuela Lulista Mayoricense, entregaros un Mensaje que para Vos traigo de la máxima Autoridad académica de la Universidad Mayor de las Españas. Porque Salamanca está asentada en el suelo áspero de la Castilla capitana, donde las palabras resuenan con vigores de mando y las ideas se ensanchan hasta la universalidad, donde las palabras y las ideas de Raimundo Lulio encontraron siempre ambiente y estudiosos. Cátedras y maestros repitieron los decires del *Doctor Iluminado*, gimieron las prensas al halago apesadumbrado de sus obras y avivaron las chispas del cerebro las plumas aguerridas de los secuaces del Padre Fornés. En nombre de esta tradición luliana salmantina y ocultando con sus esplendideces mi propia pequeñez, vengo hasta vosotros hoy a reanudar una línea de contactos lamentablemente interrumpidos en días de pereza nacional. Que este Mensaje que os entrego, señor Rector, no sea huera conmemoración de circunstancias; sino punto de arranque para una renovada tarea de saberes lulianos entre el Hogar intelectual de los Lulianos Mallorquines y la Universidad Mayor de las Españas. Dios lo quiera, y nosotros lo hagamos en su nombre.

# Mensaje

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

RECTORADO

*A la Muy Noble y Muy Venerable  
Escuela Lulística de Mallorca  
Esteban Madruga y Jiménez  
Magnífico Excmo. Rector de la  
REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE LOS ESTUDIOS  
de SALAMANCA  
UNIVERSIDAD MAYOR DE LAS ESPAÑAS  
Salud.*

»Hondamente complacido por el honor que ha recaído en nuestro claustro al ser llamado a formar parte del claustro de esa Escuela el Muy Honorable Profesor Doctor Don Francisco Elías de Tejada, en justo reconocimiento a los méritos que contrajera al servicio de las letras y en especial con decisivas aportaciones a la historia del admirable pensamiento catalán, venimos en otorgarle nuestra representación para que os salude en nuestro nombre y os lleve nuestros más sinceros votos de bienandanza tanto para vos como para todos los miembros de esa Noble Escuela.

»Asimismo confiamos que estas relaciones, ahora felizmente reanudadas, acerquen nuestros institutos en el común empeño de la tradición luliana siempre amada y servida en estos estudios salmantinos».

Dado en el Salón Rectoral de la Universidad Mayor de los Estudios de Salamanca, a los veintinueve días del mes de noviembre del año del Señor de mil novecientos cuarenta y ocho.

DR. ESTEBAN MADRUGA, RECTOR

Sello en seco  
de la Facultad de Derecho

Sello rojo del Rectorado  
de la Universidad de Salamanca

## Contestación del Honor. Rector de la Schola

Honorable Profesor: El noble gesto, tan excepcionalmente comprensivo, del Excmo. Sr. Rector Magnífico de la *Real y Pontificia Universidad de los Estudios de Salamanca*, me ha emocionado. Y puedo y debo aseguráros que causará la misma emoción a todos mis Honorables Colegas españoles y extranjeros y a nuestros discretos escolares. Antes de Vos y como Vos se adhirieron *mente & corde* a nuestra Escuela un centenar de profesores universitarios de muchas naciones; entre ellos las que honran a las Universidades-madres de Oxford, Bolonia y París; faltaba la representación salmanticense: y nos place y nos honra que desde hoy los *Estudios de Salamanca* tengan junto al sepulcro del Venerado Maestro una representación tan digna y prestigiosa en la persona de Vos. Debíais venir también a esta Isla, a la que cupo, por misteriosos designios, ser cuna y patria de Aquel que ejerció en el Mundo, y todavía ejerce transcurridos siete siglos, un apostolado intelectual que entiende que la ciencia no es un fin, sino un medio, el mejor para llegar a la *veritas salutifera*, es decir, a Dios.

Paladines de la ortodoxia más pura, vuestros antepasados en las cátedras salmantenses se mantuvieron firmes en el apostolado del mejor de los saberes que es el de la verdad: y por esto no pudieron menos de abrir muy pronto cátedras de *lulismo*, y establecer entre vuestra Universidad y los *Estudios Generales* del Reino de Mallorca, un intercambio eficaz de profesores y escolares. Por esto, aun en el siglo xviii hubo estudiantes castellanos y maestros castellanos en nuestra Universidad; y hubo mallorquines y maestros lulistas en la Universidad de Salamanca. Uno de los más grandes apologistas del «*Ars Magna*» explicaba ciencia luliana en vuestros *Estudios* en el crepúsculo del siglo xviii y alborada del xix; y eran leídos y comentados aquellos bellos escritos pulcramente dictados en latín, impresos en la Oficina tipográfica salmantina de Joseph Villagordo, dedicados «*Verbo Dei Incarnato per triplicem Lullianam Academiam Maioricensem, Salmantinam & Moguntinam*».

Como todos los imperialismos, siempre circunstanciales y pasajeros, como lo es todo lo puramente humano, pasaron los de Grecia y Roma; mas por sobre las circunstancias ocasionales de la historia perdura ese imperialismo mediterráneo de ideas nimbadas de eternidad. Porque es muy cierto que el mundo de hoy, en lo que tiene de firme vive aún de las migajas del festín griego y latino. Y no lo es menos que, en medio de la orgía positivista, cuantos intentan restaurar la libertad humana, la conciencia y la convivencia nacional e internacional, se ven precisados a retornar, por sobre la edad de las ciencias experimentales, al dulce convicio espiritual de la Revelación cristiana realizada cara al Mar Mediterráneo, a esa revelación divina que ungiera con bálsamo profético aquellos humanos saberes, para que fuesen expresión sabia y humanísima de la PALABRA DE DIOS. Así nuestro saber profundo se halla muy encima de los históricos oleajes de la política y las convenciones transitorias y por ende frívolas. Y por esto también nuestra amistad será firme.

Si, según la frase de Nietzsche, la Reforma frente al saber mediterráneo fué «una protesta de espíritus rezagados»; si el Renacimiento neo-paganizante fué una «racha de diletantismo filosófico y literario» cuyas últimas conclusiones han producido el drama universal contemporáneo; si los frutos, tanto tiempo esperados, del llamado pensamiento moderno, han sido tan amargos como los de criticismo agnóstico de Koenisberg, los pesimismos de Francfort y los diversos materialismos, ¿cómo no volver por sobre el drama tremendo, al pensamiento sabio de los que, sobre tener una profunda fe religiosa, tenían también una fe profunda en la eficiencia de la razón, frente al pretendido derecho brutal de la fuerza spengleriana? Éste es, señor Profesor, el significado de los estudios medievales y especialmente lulianos en todo el mundo. Y ésta es, también, la razón de nuestra Escuela.

La Universidad de Salamanca os envía a la humilde e incomprendida Escuela Lulista de Mallorca. Por lo mismo que es humilde e incomprendida por el espíritu plebeyo de las actuales circunstancias, debe ser grande en la vida superior del espíritu;

porque es cierto que sólo lo humilde y sincero tiene una misión sabia que cumplir en la Historia.

Esta Escuela ha recogido con amor y temblor la veneranda tradición de la Universidad Luliana, y quiere ser unos *Penates*, como Miramar y Randa. Es por esto quizás que la modesta Escuela ha sido definida en el órgano oficioso de la Santa Sede y en recientes Congresos de Filosofía, «formidable baluarte en defensa de la Cultura Occidental». Es sintomático, dramáticamente sintomático, que un centenar de pensadores de diversas razas y lenguas se den la mano y aunen sus esfuerzos intelectuales y morales en el nuevo y humilde hogar universalista del *Doctor Iluminado*.

Veneraréis el sepulcro silencioso del *Bienaventurado Maestro*; y bajo el mármol frío, como decía el venerable Maestro Galmés, sentiréis el chisporrotear de la hoguera allí perennemente encendida, y oiréis con oído atento aquellas palabras fuertes como el fuego, dulces como la verdad: «*Si vosotros, mis amadores, queréis agua, venid a mis ojos desatados en llanto; y si queréis fuego, venid a mi corazón y encended vuestras lámparas*».

Menéndez y Pelayo decía proféticamente, en 1884, que, cuando las Españas vuelvan, por sobre las concesiones exóticas y los conceptos partidistas, insinceros y frívolos a las fuentes profundas del pensamiento sabio hispánico, cuya originalidad y fecundidad más genuina definía en Ramón Llull, «*entonces, decía, volverán a levantarse las cátedras de la antigua y gloriosa Universidad Luliana de las Mallorcas; y volverán a resonar las voces de sus doctores en ese jardín de las Hespérides, bajo este cielo transparente y luminoso como el de las islas griegas, ante las clásicas y suaves ondas del Mediterráneo; y rebullirán de júbilo los huesos de los fundadores de cátedras lulistas; y, como antaño, podemos esperarlo confiadamente, los futuros pensadores españoles volverán en peregrinación a un tiempo devota y científica, al Sepulcro del Beato, buscando ansiosos las huellas del Maestro en los hórridos peñascos y en las arenas de la costa, interrogando a su venerable estatua yacente, y recogiendo hasta el último borrón, sus dispersos escritos*». En poco más de catorce años han llegado a

*la Escuela profesores universitarios de muchas universidades españolas, francesas, italianas, portuguesas, rumanas, checas, suizas, alemanas, suecas, inglesas, americanas. Esta universalidad luliana significa que continúa la misión del Genio universal que condenará el bienaventurado Maestro. Salamanca se une por Vos a esta misión de ir «por montes y por llanos, por lugares poblados y desiertos, por aguas dulces y saladas», dejando atrás los odios amarillos de las incomprensiones, para enseñar que el fin de la vida es alcanzar la Verdad que salva. Y compartiréis desde hoy ese dulce élan de un apostolado intelectual.*

*¡Bienvenido seáis! Y decid, cuándo retornéis a vuestra cátedra, al Señor Rector Magnífico y a los honorables Maestros salmantenses, que os habéis caldeado en un hogar luliano que ha de ser su propio hogar; porque junto al venerado Sepulcro se dicen hermanos los catalanes de Mallorca y los castellanos de Salamanca; realizando mente et corde la más firme de las unidades, que no excluye, sino que importa imperialmente podernos también decirnos hermanos todos del inglés, del francés, del alemán, del árabe y del judío, bajo la paternidad de Dios. Queremos estar y creemos hallarnos fundamentados en esa hermandad y mutua comprensión que trasciende muy por encima de la frivolidad pasajera y las frágiles circunstancias ocasionales, como trasciende la verdad evangélica sobre todos los hechos caducos.*

*Una tarde (si mal no recuerdo, de 1933) y ante un público cosmopolita, noble e inteligente, discutíamos cuestiones transcendentales en defensa de nuestra Cultura occidental, aquí en Mallorca y en su Hotel Mediterráneo. Quienes controvertieron fueron el Conde de Keyserling, fundador de la Escuela de Sabiduría de Darmstadt, el crítico y novelista francés Francis de Miomandre, el pensador y político alemán Conde Jessel y mi modesta persona. Keyserling definía el carácter positivo y tenaz de los nórdicos por su nostalgia de sol, de almendros y de mar azul, desde las tierras donde aun danzas tristes Walkyrias y desde más allá, donde las Nornas desgranaban con nostalgia suprema la canción de la luz. Y decía que la lejanía les estimulaba a pensar y a crear: Entre las nieblas del drama contemporáneo, entre las ruinas y los escombros,*



*que huelen a pólvora y a sangre, nos sugestiona a los lulistas la lejanía de la Paz, de una Paz de Cristo; quizás, por esto, Honorable Colega, vosotros y nosotros, los catalanes de Mallorca y los castellanos de Salamanca, nos sentimos tan fraternalmente unidos en la defensa de esa bella Cultura mediterránea, que los pueblos que no acertaron a forjarla llaman Occidental. Nosotros, los profesores de catorce naciones diversas, os damos la mano con sinceridad luliana. Y este extender una mano sincera es nobleza, y siéndolo, es hispanidad. Decídselo a vuestro Rector Magnífico.*

## **Dr. Francisco Elías de Tejada y Spínola**

«EL PENSAMIENTO POLÍTICO CATALÁN MEDIEVAL COMO  
TRANSFONDO DEL MALLORQUÍN DE LA MISMA ÉPOCA»

### *Discurso de Ingreso*

Excmo. y Revmo. Monseñor Obispo-Canciller;  
Muy Honorable Señor Rector;  
Señores:

Hablar del pensamiento balear en tierras insulares y ante un auditorio de tamaña selección, no me aparta en verdad de mis estudios preferidos, empero me acerca a una gente, para mí dilecta entre todas: a aquel ramal de lo español que se cubre con las barras catalanas y enjoya, en horas de dorada pesadumbre antigua, los más esbeltos perfiles de nuestro pasado intelectual. Ved aquí, señores, por qué al levantarme en esta tarde a asumir el inmerecido honor de contarme como un hermano entre vosotros, no sea la mía fingida y fácil emoción de circunstancias; sino sí hondísimo raudal de emociones afanosas, nota

vivaz de mi lira de estudioso de vuestras cosas con el cariño de sentir las mías, aderezo de lágrimas que al bajar a los ojos pasaron antes a regar las arterias que penetran en el corazón.

Acrciéntase la intensidad de la emoción al adquirir conciencia de la responsabilidad que sobre mis hombros impone la carga de sustituir a un varón de tan relevantes dotes, de tan preclara inteligencia y de tan pródiga cultura como fuera el doctor Jaime Algarra y Postius, cuya muerte todos lamentamos públicamente hoy, en primera señal de la hermandad que ya existe entre vosotros y yo.

Figura venerable esta del doctor Algarra, nacido a la vida española en los días en que Torras y Bages reconstruía la estela expresiva de la tradición catalana y cuando todavía resonaban los ecos de la lírica magistral de aquel mosén Cinto, cantor de las montañas y las gestas. Espíritu práctico, a fuer de hijo de un pueblo de mercaderes burgueses cuya expresión caricaturesca más verísima trazó el magno Rossinyol en aquel *Esteve* de la inconmensurable y representativa *Puntual*, honra y prez de todas las posibles y honestas mercerías; la llamada de la especialización en los estudios económicos apretó sus afanes de estudioso ya desde los días en que ocupó la importante plaza de secretario de la pujante «Unión Mercantil», en 1905. Consagrado al análisis de los procesos bancarios, es pensionado en 1911 por la Diputación de Barcelona para un viaje de estudios a Bélgica, del que resultaron meritorios informes, culminantes en el sazonado fruto de la fundación del Banco de Crédito Local. Orientado en esta línea de esfuerzos, los años marcan su labor ascendente. En 1916 crea el Laboratorio de Estadística económica y financiera, de tanta valía para el conocimiento de los ciclos de la producción industrial catalana. En 1918 se le encomienda la asesoría técnica y la dirección en el intrincado problema de las subsistencias. En 1920, cuando ya hacía varios años era catedrático de Economía Política y de Hacienda Pública en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, pasa a suceder en la misma cátedra de la Universidad de Barcelona al inolvidable maestro don Antonio Flores de Lemus.

Atareada línea de trabajos sociales y académicos que no restaron espacio a sus preocupaciones estrictamente científicas. Entre otros cargos de esta índole obtuvo la presidencia del *Institut Català de Sociologia*, en Barcelona; fué colaborador de la Oficina Internacional del Trabajo, de Ginebra; y asimismo colaborador del *Instituto Internazionale di Agricoltura*, que tiene su sede en Roma. Y publicó numerosos trabajos sobre asuntos económicos, en castellano, en francés y en italiano; tradujo al castellano la *Historia de la Economía política* de Conrad, que yo recuerdo haberme servido de texto de estudio en el primer año de la carrera de Derecho; y colaboró con asiduidad en la enciclopedia *Das international Steuerrecht der Erdballs*. En la fecha de su muerte, en marzo del año de 1948, era decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona.

Jamás le abandonó el gusto por los estudios lulistas. Siendo aún mozo y estudiante ya publicó un ensayito sobre *Ideas jurídicas lulianas*. Y, de creer lo que reza en la dedicatoria del libro de mossén Salvador Bové *El Congrés universitari català* «el jove advocat don Jaume Algarra Postíus fou l'ànima del Congrés».

Si bien es cierto que lo peculiar de su especialización económica le alejó un tanto del cultivo externo de las cosas del Beato Iluminado, a partir de su ingreso en la *Schola*, a 17 de mayo de 1943, reemprendió sus afanes juveniles con todo el ardor de la primera hora. Todos los estudiantes guardan del doctor Algarra gratísimo recuerdo y todos cuantos le oyeron disertar en las aulas saben cuanto hacía memoria del *Opus luliano* aplicándole a las cuestiones aparentemente más dispersas. Prueba fehaciente de su adhesión a la causa de la juiciosa comprensión del genial *Barbaflorida*, y de cuanto esta causa supone para todo pecho bien nacido en tierras españolas, máxime si esas tierras son además suelo de Cataluña, sean las palabras honrosísimas para esta *Escuela Lulística Mallorquina* que poco antes de fallecer dirigiera al admirado rector Mossén Sureda Blanes: «He podido observar —escribía el doctor Algarra— la sólida preparación que llevan los estudiantes que han estado en contacto con la Schola, sin duda por la lucidez que proporcionan los amplios puntos de

vista generales y el totalitario concepto de ciencia que sentó nuestro Maestro Iluminado».

Por estas breves palabras de somero bosquejo de su personalidad, no os resultará difícil comprender, señores, la magnitud del agobio que cae en mis espaldas al pensar que la menudencia mía venga a ocupar su puesto en la cátedra de vuestra venerable Escuela. Al morir, en Barcelona, a 3 de marzo de 1948, encontrábase preparando un cursillo acerca de *Ideas jurídicas del Doctor Iluminado*, que hubiera debido profesar en lugar de éste que yo voy a exponeros sobre *El pensamiento político balear medieval*. Por donde ved cómo los destinos insondables de Dios han juntado que venga a sucederle, no ya solamente en el puesto que tan brillantemente militó en las milicias del saber luliano, sino también en la presente circunstancia. Invoquemos a Dios para que traiga aquí ahora el espíritu de su recuerdo y que él nos acompañe a lo largo de mis tres disertaciones.

Solamente confiando en vuestra bienquerencia y teniendo presente el recuerdo de aquel fraternal amigo, Antonio Truyol docto cerebro en corazón de oro, que tan de fe de vosotros me habló, únicamente apoyando mi pequeñez en la grandeza de los temas a tratar, me será factible comparecer llanamente delante de vosotros. Sean avales propios la continuada atención que dediqué a las cosas tocantes a la historia del pensamiento catalán, por estimarle uno de los florones más preciados de la corona imperial de las Españas. Creyente, por convicciones personales mamadas en la cuna y defendidas cuando hubo lugar cara a las balas, en la variedad tradicional de las Españas, he querido hacer de mi vida un camino de comprensión y de estudio de todas las facetas de lo hispánico. Contra aquel igualitarismo dieciochesco, enemigo de la Tradición española, que pretendió reducir el mapa de las Españas de ambos continentes a un jardín político de gustos a lo Versalles o a la Granja, y contra el igualitarismo decimonónico que en la tendencia liberal pretendió continuar la obra destructora de todas las soleras de nuestra riquísima variedad histórica, yo he levantado, con osadía sin duda muy superior a mis méritos pero también con decisión

rayana en la quimera, la hidalga ambición de querer saber en qué consista la medula histórica de las Españas. Y en este caminar diario, acosado por la incomprensión de los unos y por la malicia de los otros, me he acercado muchas, muchas veces, a los hontanares purísimos de la Tradición de Cataluña, no para negarlos con neciedad insigne, ni mucho menos para retorcerlos con avilantez nefasta, sino para pedirles una respuesta concluyente a la inquieta premura de mis cavilaciones.

Por eso puedo tal vez venir hoy a esta hijuela espiritual e histórica de Cataluña con el mismo bagaje documental y hablando en términos parejos a los que acostumbro usar cuando toco estas cuestiones en mi cátedra de la Universidad Mayor de las Españas, en aquella Salamanca que, por sus fueros del intelecto y por estar asentada en la universal tierra de Castilla, puede entender como nadie las razones históricas de mi ilusión y la verdad de los cimientos sobre cuya roca de exactitud histórica se alza esta ilusión mía.

Y es también por eso, señores, por lo que vais a permitidme hinchar las velas a los navíos de mi imaginación y que os hable con el mismo cariño hacia este pedazo de tierra catalana con que suelo expresarme en mis aulas salmantinas. Yo quisiera llenar de emoción a mis palabras. Yo quisiera que mis palabras fueran ahora mismo a besar a aquellos penachos verde y oro de las palmeras que en las márgenes tortosíes del Ebro atesoran la Lonja de donde brotó el más famoso de los códigos mercantiles del medievo; yo quisiera que mis palabras fueran decires latinos bajo los claustros románicos de Ripoll, en los juegos graciosos del Anónimo monje Enamorado o en la prosa augusta del abad Oliva; yo quisiera que mis palabras fueran auras frías que besaran las mejillas rosadas de alguna moza paseante por la Pahería leridana, en aquella «*vía sacra*» de los siglos idos que corre desde la masa hosca de la Puerta del Puente hasta la filigrana gótica del hospital de Santa María; yo quisiera que mis palabras se vistiesen de blancuzca «*boira*» para que fuesen a envolver las sienes pensativas de Jaime Balmes en el tranquilo alentar de la sosegada Plàna viquense; yo quisiera que mis palabras entrasen

con zumbido de regio cortejo por la triple puerta amurallada del monasterio de Poblet, entre tronar de clarines, piafar de corceles y resonar de tambores; yo quisiera que retumbasen con majestad histórica, mezcladas a las palabras mismas con que Cristóbal Colón, en el salón del Tinell del palacio real de Barcelona, presentó a los Reyes de todas las unas y varias Españas las primicias de un nuevo horizonte de la historia; yo quisiera que mis palabras augurasen felicidades clásicas desde el balcón clásico de Tarragona a aquellos navíos que bogan al amparo de los dioses mediterráneos, y en primer lugar a aquella que vislumbró el poeta

*«en mig del mar la mallorquina nau»;*

y yo quisiera que mis palabras navegasen en el casco de aquel grandioso navío anclado en tierras firmes, como pretendiendo navegar por los azules del cielo más que por los azules del mar, que es la única nave de la catedral gerundense, donde duerme el sueño de los siglos el desdichado *Cap d'Estopa*, símbolo de todas las angustias de su pueblo. Yo quisiera, señores, que en mis disertaciones vierais, más que el afán del estudioso, la proyección científica, laica y moderna de una centella de la doctrina luliana del amigo y del amado.

Escuchadme, pues, con toda la benevolencia con que se oye el hijo o al hermano que va a tratar de asuntos de familia, de esta grande familia mallorquina, ramal de la estirpe catalana y miembro de las gentes hispánicas.

Todos los pueblos de Europa se han gestado en la noche medieval. Sobre los despojos de la herencia romana van poco a poco diversificándose maneras específicas de vidas en un ritmo cuyo girar viene marcado por causas muy distintas. Unas veces, la geografía; otras, las razas agrupadas en torno a la supervivencia de unas características raciales; algunas, factores de trayectoria cultural o prendidos al azar aleatorio de un encuentro bélico. Pero siempre siendo acontecimientos geográficos o militares

los que repercuten en el acaecer histórico, jamás con vigencia directa de la naturaleza sobre esta cosa dilttheyanamente histórica que son las comunidades de los hombres. Un río o un monte nunca crean a un pueblo; son circunstancias que favorecen el quehacer histórico de que un pueblo nace.

En el arco que bordean ambos Pirineos se asentó la gente catalana, hermana melliza de la provenzal. Sus lenguas y sus gestas van unidas al principio. Solamente la diversificación belicosa de los habitantes de Cataluña la Vieja, cuyas moradas habían de desafiar cada día el acoso posible del soldado alárabe, forja un clima de escisión y un ambiente peculiar para aquel ramillete de condados que, como flores de montaracía, crecían en la salvaje aspereza de las vertientes meridionales del Pirene. Horas de áspera rudeza y de encontrados empujes belicosos, en la que la cruz cobraba fuerzas de la hermandad con la espada y la media luna era compadrazgo recio del alfanje.

Ya alienta la Cataluña histórica y secularmente activa de los tiempos venideros en aquellos corazones cubiertos de los hierros del arnés. No se abroquela la resistencia cristiana en la tenaz bizzarría de las huestes, empero también en la milagrosa y sencilla letra de la oración. Tratábase de una resistencia al par cristiana y belicosa, tanto de monjes como de soldados. Los conventos románicos elevan sus torres cuadradas con la marcial gallardía de los campamentos, y los castillos coronan su torre máxima con la ilusionada ambición del signo de la cruz. Y es en uno de esos centros, de militar estilo, donde las redondas arcadas románicas presiden el decir latino corrupto de que va a nacer el catalán y la apetencia espiritual de moldes antiguos, paradigmas de dorada vetustez clásica que poder enarbolar como paraísos de la cultura frente a los jardines que pueblan las huríes filosóficas de los creyentes en Mahoma.

Quienquiera que sea, como español fuese, o al menos como ame las tradiciones del pasado cultural de Europa, cuando ponga las plantas de viajero curioso bajo los arcos del claustro de Ripoll, sentirá en las venas el calofrío que anuncia que allí ha nacido una de las más fecundas direcciones de la humanidad

occidental. Ripoll es, señores, ni más ni menos que la cuna del alma catalana.

Y en Ripoll nace asimismo el pensamiento político de Cataluña, todavía teñido de rememoraciones clásicas, todavía eticista e isidoriano, todavía en la incolora matización de la aurora que venía. Más que en las escuelas de Ausona, aquellas donde vino a beber ciencia musulímica el incommensurable Gerberto, el Silvestre II, dueño de un saber para su edad tan portentoso que lindó con las fronteras de la magia, una magia que bajo la carne crédula de la leyenda hace hoy temblar periódicamente sus huesos dentro de la sepultura que los guarda en San Juan de Letrán; más que en las escuelas de la Seo de Urgell o en las de Barcelona, con anidar en estas últimas el isidorianismo jurídico de que quedan fehacientes huellas en el *Liber iudicum popularis* de Homobono y en la certera redacción de los *Usatges*; más que en parte alguna es bajo el magisterio de Oliva, flor blanca de piedad en la rama del roble condal de Wifredo el Velloso, donde la moderación se hace doctrina y donde por primera vez la política es ciencia en Cataluña. Su carta en respuesta a una consulta que le formulara el rey Sancho de Navarra en la brutal tensión humana de los primeros años del siglo xi, todavía los ojos entenebrecidos con los terrores del año 1000, es la partida de bautismo del alma catalana. Y dígolo así, no ya por la magnitud del saber ni por la hondura del contenido, sino por cuanto asoma ya en aquel latín burdo y severo la primerísima condición que ha de presidir la marcha del pensamiento político catalán a lo largo de los siglos: la moderación, el ceñir los gobernantes límite y medida, el frenar las potestades públicas.

Los versos del Anónimo Enamorado, de Ripoll:

*«Cum sine doctrina  
nulla possit vitare ruina (m).  
.....  
ergo, cave doctrinam  
qui vis vitare ruinam»,*



parecen condensar las preocupaciones espirituales de los monarcas aragoneses del medievo. «Lo pus savi del món» dijo de Jaime I el nunca adulador Ramón Muntaner. Y en verdad, señores, que pudiera este príncipe pasar por modelo de reyes, si la imparcialidad histórica no obligara a confesar lo errado de su política transpirenaica y no echara sobre los anchos hombros del conquistador de Mallorca y de Valencia la insoslayable censura de que tuvo el malhadado sino de partir para siempre en dos partes el alma de la tradición de Cataluña. Porque fué Jaime I quien, olvidadizo de los lazos que le ligaban a las comarcas del actual mediodía de Francia, proyectó la expansión de sus dominios hacia las tierras árabes, abandonando los intereses de los pueblos vascongado y catalán y frustrando la unidad política a que ambos estaban abocados; es evidente que a partir de él la escisión en dos de cada uno de esos pueblos ha hecho retroceder la frontera española hasta la línea pirenaica y ha creado en uno y en otro el desasosiego de la insatisfacción de las cosas incompletas, manifestado en el dolor histórico de una misma gente sujeta a dos diversas y a las veces enemistadas banderías. El tratado de Corbeil, de 1257, consuma la política de abandono que entrega maniatada la gente de Tolosa en poder de las de París y sustituye la lengua del *oc* por la del *oil*; con él fenece también, al morir la vida autónoma de la Provenza, el estilo de las trovas otrora en apogeo. Porque la vida trovadoresca sigue, y aun sigue vigorosa en Cataluña y en otras partes; pero el hálito vital de la provenzalidad y el espíritu patriótico de los grandes provenzales muere al secarse el árbol sagrado de la independencia, como si en el ambiente enrarecido de la Francia vencedora no pudiese anidar la bandada alegre de los pájaros del Midi.

Don Jaime teoriza ya la libertad política que es la magna herencia ideológica de la Cataluña medieva. La doctrina de los consejos, tan difundida en los escritores de su siglo, adopta en él un matiz particular y se trueca en respeto a lo que hoy llamaríamos la opinión pública. En el *Libre de Saviesa* se declara de manera terminante al afirmar a los reyes: «Guardat de fer cosa que desplaça a les gents».

Pero hay más. Como esa opinión de las gentes es difusa hasta que se concreta en la representación de las ciudades, es a los consejos y directrices expuestos por los procuradores del reino a los que el rey debe atemperar sus actos; de donde surge una dignificación de las cortes insólita en su tiempo y que eleva a don Jaime a ser, al lado de conquistador victorioso, el teórico más antiguo del parlamentarismo europeo, cuando todavía andaba en mantillas la organización de las cámaras inglesas. «Guardats los procuradors de vostres regnes —se lee con palabras de oro en el *Libre de Saviesa*— axí com guardariets vostre cors; e metets los en vostre consell e en vostres affers, en poch e en molt». Pudiera condensarse el pensamiento político del Conquerer en una monarquía cuyo eje sea el rey, en lo que difiere muy a lo tradicional del impotente portador de la corona que es el monarca que reina sin gobernar; pero un rey que gobierna dentro de límites claramente fijados en los textos legales y ateniéndose a la opinión de sus súbditos, expresada libremente a través de organismos a propósito, de las Cortes.

El providencialismo histórico de este rey teórico de la libertad política, señala los rumbos decisivos del 1200, la separación entre Cataluña y Provenza, la orientación mediterránea del Casal d'Aragó, la proyección exterior de una monarquía federal que ha llenado las metas de su limitación especial y aún anda sobrada de arrestos para acometer nuevas empresas heroicas. Y en todos los historiadores catalanes medievales perduran las directrices de su mano, tal vez porque en ninguna rama de las literarias se manifiesta el ánimo popular en tanto grado como entre los historiadores, pues ningún otro escritor funde su sentir con el sentir colectivo como aquel cuya ocupación consiste en referir las amarguras y las dichas que, a golpes de adversidad o a espasmos de alegrías, bordan la cadena de sucesos en que plasma la tradición de una comunidad humana.

Tanto en *Pere el Ceremonioso* como en *Ramón Muntaner*, en *Bernat Desclot* y en *Pere Tomich*, o sea, en la floresta erudita, en la selva cimera, en el jardín cuidado y en el soto caminero, respectivamente, campean las tres características iguales, tres

ideas que quedan fijamente grabadas en toda esta pléyade de nombres evocadores: la afirmación del catalán como pueblo propio dentro del conjunto de los hispánicos; la defensa exaltada de una forma de gobernación cuyo objetivo está en la consecución de la libertad política dentro de un orden y con arreglo a una norma legal estable; y el entendimiento del proceso histórico como sucesión de acontecimientos regidos providencialmente por Dios, visión de la historia cristianizada en directrices de empresa misionera que transforma los actos de expansión imperialista en afanes al servicio de la fe al par que expansiones de dominio.

De ellos Ramón Muntaner es la cúspide inigualada. En la *Crónica* de Muntaner se percibe la marcha de un pueblo por la historia, en tanto grado que a mi juicio constituye la primera crónica nacional, anterior a las portuguesas de Fernão López o a las francesas de Froissart. Hay allí de todo: el impulso imperialista de la expansión militar, la consciencia del idioma propio, el halago de un orgullo muchas veces ingenuo y pretencioso. Así escribe en un idioma, llamado a ser en sus esperanzadas frases, «lo pus bell catalanesch del món». Así resalta el pavor que los súbditos de los reyes de Aragón imponían con sola su presencia a franceses y a musulmanes. Así traza el primer grande programa imperial de las Españas varias y unas, cuando al comentar la entrevista que en Ariza tuvieron los monarcas aragoneses y castellano, en la cual como es sabido el de Castilla propuso a su tío Pedro III de Aragón una alianza de ambos con los reyes de Portugal y de Mallorca para combatir sin tregua a los infieles, exclama «que si aquets IV reys que ell nomenava de Espanya, qui son una carn o una sanch, se teguessen essempts, poch duptaren tot altre poder del món». Así proclama que Dios emplea a la casa de Aragón como instrumento para expandir las luces de su divina gloria. Así dice que los catalanes van a Sicilia a llevarles su propio goce del vivir libre y sin tiranos. Es que en la catarata mayestática de su *Crónica* han ido a morar las diosas protectoras del espíritu de la gente catalana.

El siglo xiii, hora imperial de expansiones aragonesas, acusa en Cataluña las dos grandes directrices de la misión cristiana: la dominicana y la franciscanista.

*La misión dominicana* es erudita, escolástica, docta y documentada, más rica en secuelas científicas que en resultados fervorosos. Son *Ramón de Penyafort*, cuya *Summa juris* encierra la más minuciosa y completa clasificación del «ius naturalis» que el medievo conoció; y otro Ramón, *Ramón Martí*, cuyo *Pugio fidei* puede valer por ejemplo de la mentalidad de los dominicos catalanes del siglo xiii orientada en uno de los aspectos que más preocupaban a su pueblo: la tensión espiritual frente al Islam, necesidad de la geografía y obsesión del alma catalana.

*La misión franciscana* está repartida en matices asaz dispares: el iluso, el político proyectista, el príncipe de la Iglesia que moraliza con la pluma y con el ejemplo, el tratadista teórico, el misionero. A su frente, síntesis de todos los aspectos de ella y encarnación suprema de una raza, está un varón ante cuya sola mención quiébranse por innecesarias todas las calificaciones del elogio: *Ramón Llull*. Por hoy baste citarle. Mañana, Dios mediante, y en la estrechez de unos minutos, intentaré decir algo de lo mucho que significa en la marcha del pensamiento político catalán en particular y en la marcha general del pensamiento político europeo.

Mención aparte merece uno de los hombres más interesantes de la época y que con más variados colores perfilan sus facciones en ese tema de letra capital iluminada que en nuestra evocación ofrecen siempre todos los grandes nombres medievales. Me refiero a *Arnaldo de Vilanova*, quien bajo su cuádruple personalidad de médico, profeta, embajador y tratadista, alcanzó a ser en mi opinión nada menos que el teórico político de los extremismos franciscanistas. Todavía está obscurecida por la pátina de centenarios torcimientos interpretativos esta estampa que yo diputo cada vez por digna de mayor atención. Me parece que en su pensamiento se entremezclan, firmemente unidas, cuatro afirmaciones cardinales: la creencia en las profecías, el retorno a la

práctica de las sencillas y purísimas máximas evangélicas, la obediencia indiscutible a la Silla Apostólica, y la adhesión plena a los preceptos del dogma católico. Júntese a la peregrina y sólida trabazón de estas cuatro afirmaciones, además hondamente sentidas, una decidida propugnación de la necesidad de la reforma en las costumbres del clero, un repudio violento a las formas tiránicas de gobernación, el característico gusto catalán por la libertad religiosa y la perfecta formulación de una teoría del príncipe que gobierna según los meros preceptos evangélicos, y tendremos una síntesis que valdrá por una de las más completas, originales y admirables construcciones del pensamiento político medieval. Arnaldo de Vilanova es, a mi ver, el teórico supremo del franciscanismo político medieval, o, si se quiere, de la rama extremada del franciscanismo. Déjense a un lado sus extravagancias, sus quimeras y sus excentricidades y veráse al punto la riqueza maravillosa que alumbra en la soterrada vena oculta de sus desordenados pensamientos.

Ninguno de los espirituales afines se le aproximan en este proyectar lo ético en lo político que es su primordial cariz. Ninguno más que él elaboró la teoría evangélica del príncipe perfecto. Unos, cual fray *Felipe de Aragón*, porque volcaron su tesón, no inferior al de Arnaldo, en una labor silenciosa y constructiva dentro del redil de San Francisco; otros, como *Juan de Rocatallada*, el rosellonés viajero, porque no salió del coto vedado de las profecías temerosas. Solamente fray *Pedro de Aragón*, el autor de aquel *De vita, moribus et regimine principum* tan abundante en patrones bíblicos y en residuos caballerescos, es el otro gran visionario del siglo xiv, que se ocupa de temas políticos, precisamente de dibujar también la estampa de un rey perfecto como Arnaldo. Pero con una gran diferencia, que es motivo de inferioridad en el cotejo para el infante franciscano: mientras que Arnaldo colorea a su imagen del príncipe perfecto con todo el cúmulo de preocupaciones espiritualistas y quiméricamente evangélicas, el modelo que trazó fray Pedro es un arsenal de citas eruditas despegado en absoluto de la realidad ambiente.

El aristotelismo extremado de *Guido de Terrena*, fiel reflejo de las enseñanzas que asimilara de su maestro Godofredo de Fontaines, el belga que encabezó el sector más proaristotélico de toda la ortodoxia escolástica, señala el contrapié enemigo de las aseveraciones espiritualistas. El interés que su nombre ha suscitado modernamente en Italia, merced a la interpretación del profesor Felice Battaglia y los extremos aristotelizantes de sus teorías concretas, especialmente su intento de resolver las problemáticas filosófico-jurídicas arrancando de un radical e ilimitado respeto hacia la personalidad individual, traen aquí su nombre con señera relevancia.

En el inconstitucionalismo franciscanista de *Francisco Eximenis* alcanzamos otra de las crestas más altas de la cordillera de las doctrinas políticas en Cataluña. Imposible sería ni bosquejar siquiera aquí ahora, en la estrechez del tiempo que velozmente corre, los detalles de aquella, si farragosa, madurísima estructura de ideas en cuyo ensamblaje armónico reboca la clásica luz de la Valencia en que vivió. La perspectiva católica del mundo, concebido a manera de «soberana *gouernatió*» de Dios; el subsuelo escolástico y la cerrada defensa de la libertad teológica del hombre; el coloreado medievalismo, con la fantasmagórica encandilación de las estrellas, aun sin caer en la «*art malèfica*» de la magia; la oportuna sistematización de la política y los discretos empeños en la cristianización de Aristóteles; la teoría de la comunidad política en sus tres tramos de la ciudad, del reino y de la cristiandad; la doctrina del tirano, entreverada de pasmosos atisbos de modernidad lo mismo en los detalles ideológicos que en la terminología; la eterna preocupación catalana por la limitación de los poderes públicos, soberanamente expresada en tantos lugares y especialmente en la tesis sustentada en el capítulo 156 de *Lo dotzè* de que «*james les comunitats no donaren la potestat absolutament a negun sobre simateixes, sinó ab certs pactes e leys*»; el neoagustinismo, que incomprensiblemente se mezcla con semejantes aseveraciones; la teoría delimitativa de la guerra; la clasificación de las leyes, refiriendo la ley natural a Adán, la de la Escritura a Moisés

y la de la gracia a San Pedro; todos estos puntos y muchos más que pudieran florecer del estudio largo que a Eximenis consagro en el tomo I de mi *Las doctrinas políticas en las Españas*, bastan con su simple enumeración para levantar sobrado pedestal de méritos a aquel atropellado y farragoso, pero también adoctrinadísimo y original, fray Francesc Eiximenis.

El intransigente *Nicolás de Eymerich*, hombre de combate al servicio del absolutismo pontificio, fanático e implacable, indomable y tenaz, antiespiritualista y enemigo del propio Beato Iluminado, es el renovado contrapié dominicano a la personalidad del obispo de Elna. Y a su vera la sobrehumana efigie de *San Vicente Ferrer*, el taumaturgo prodigioso con ribetes de adoctrinador político, encarna el lado sensato, bien que no por eso menos intransigente, de la conquista de las almas a la usanza dominicana: cayendo sobre los herejes con ardores inquisitoriales, con predicaciones apoyadas en argumentos y en espadas; un modo de ganar almas ciertamente muy dispar de aquel típico catalán que pone las conversiones en el libre discurrir de la razón humana y en el libre movimiento de los corazones, y cuya expresión más señalada la constituye la manera en que entendió la propagación de la fe el místico y genial Barbaflorida.

Una línea aparte, y ciertamente que de las más importantes, la integran los juristas. En un primer momento, a lo largo del siglo xiii, la doble preocupación de la realidad feudal catalana y de las influencias romanísticas fronda del bosque boloñés, se corresponde entre los hombres de toga con otra pareja de líneas culturales: la vieja sabiduría de corte isidoriano secularmente ceñida al tronco vetusto del derecho catalán desde sus primeros brotes en los *Usatges* y desde las primeras citas de Homobono de Barcelona, y las noticias italianas de un clasicismo jurídico más depurado, jamás pasado por el tamiz catalogador del sabio arzobispo de Sevilla. Y así encontramos a feudalistas del porte de *Bernardo Lunes*, anegado en el mar sin linderos de la casuística feudal del Principado, parejo a un *Pons de Lérida* que regenta cátedras en Bolonia durante la primera mitad del siglo xiii y comenta con aciertos el *Arbor Actionum* de Juan Bassiano. El

primer ensayo armonizador, por mano de Jaime de Monjuich, tiene valores transitorios, y al doblar el 1400 las dos tendencias se enfrentan cuando se contraponga el isidorianismo romanista de Jaime Puig, el boloñés latinizado *Jacobus de Podio* tan identificado con las fuentes justinianeas, al teórico practicón de una monarquía catalana limitada que fuera *Narciso de San Dionís*, en cuyo *Compendio metódico* la teoría de una monarquía constitucional brota en todos los folios con laudable persistencia y en fieles ecos del espíritu de Caspe.

La síntesis de *Jaime de Callís* plantea un segundo esfuerzo coordinador de tendencias, armónicamente dosificadas en la obra de este jurista celeberrimo. Su gusto por lo clásico que unas veces se manifiesta en citas doctas y otras en un maridaje del saber helénico con la realidad feudal, para concluir en una concepción, mitad virtuosa, mitad legal, de la comunidad política entendida como suma de relaciones de vasallaje; un romanismo fuertemente sentido que recalca las alusiones y plantea-mientos a lo glosador de sus coetáneos; y un manto de moralismo cristiano que encubre en orlas casi religiosas todo ese conglomerado de opiniones tan disperso como lleno de chispas fulgurantes, centran el mérito insigne del abogado fiscal de Fernando I el de Antequera.

Otra oleada de soluciones parciales, de las que son ejemplos el feudalismo de *Peguera* y el romanismo de *Guillermo Pabort*, mal sujetos al yugo de unidad lógica en el apresurado y enteco armonicismo clasicista de *Guillermo de Vallseca*, abren paso a los nombres excelsos de *Tomás de Mieres* y de *Jaime Marquilles*. Como ya lo he explicado en otro sitio, puedo ahora ahorraros la pesadumbre de razonar el porqué de mis tesis de que estos dos varones ilustres son la clave de toda la evolución del pensamiento político de Cataluña y se cuentan entre los más notables de la historia del pensamiento político universal. Cuando nadie podía preveerlo, en una hora adversa a semejantes conclusiones a las que ellos llegaron, agudísimos y doctos, trazaron la teoría de la burguesía gobernante cuatrocientos años antes de que el grupo de doctrinarios franceses, que acaudillaba en la teorización



política Benjamin Constant, intentaran ensayo parecido en la Francia de Luis Felipe. La aversión a la violencia militar, el gusto por las artimañas legalistas, la noción de que deba ser la posición económica dato cardinal para la provisión de los cargos públicos, el intelectualismo en la definición de los preceptos legales y la defensa apasionada de una monarquía limitada por las leyes y por las instituciones, son expresión cabal de los intereses de la burguesía catalana que durante cincuenta años, desde la elección de Caspe a las capitulaciones de Pedralbes, disputó a la corona la herencia del vacío que en la máquina constitucional del Principado abría la rápida decadencia de las clases nobiliarias. Con una ventaja sobre los doctrinarios franceses; la de que la raíz del intelectualismo de éstos la forma la filosofía intelectualista del jusnaturalismo protestante, mientras que el intelectualismo de Mieres reposa sobre la sólida armazón de las especulaciones del intelectualismo tomista. Y ved, señores, que ésta es característica de toda la historia del pensamiento catalán. Cuando recientemente lo demostré en el Congreso de Filosofía celebrado en Barcelona durante el pasado octubre, al subrayar como la ideología política balmesiana solamente puede explicarse cuando se la integra en la tradición de su pueblo que arranca de Tomás Mieres, tuve una de las mayores satisfacciones de mi vida de estudioso al apreciar con cuanta certeza había ahondado en una de las venas ocultas del agua viva del alma catalana.

La labor de los juristas posteriores del medievo catalán, resumible en las tendencias realistas de *Antonio Amat* y en el oportunismo monárquico y antifeudalista de *Juan de Socarrats*, concluyen una línea de pensadores semejante a la cual no la puede ofrecer ningún pueblo europeo ni por la continuidad de los desenvolvimientos lógicos, ni por la finura de las temáticas individuales.

Yo quisiera disponer ahora de todo el tiempo en que ya he abusado de vuestra benevolencia para poder dedicar algunas frases a algunos de cuantos nombres lo merecen en ese prodigioso y riquísimo friso de los adoctrinadores de los siglos xiv y xv.

Aquí traería el magisterio eclesiástico de don *Juan de Aragón*, la sátira heterodoxa de *Anselmo de Turmeda*, la sátira erudita de Bernat Metge, el simbolismo dantesco de *fray Joan Pascual*, el moralismo a lo medieval de *Luis Pax* y de *Francisco Carroç*, la prudencia política tal como la desarrolla el discreto *Anónimo Valenciano*, el simbolismo caballeresco que expone *Pedro March*, la perspectiva de sátira burguesa a la caballería andante que a mi juicio implica el *Tirant lo Blach*, el tomismo que trasvasa a la lírica *Ausías March* y el lulismo que trasvasa a la lírica *Jaume Roig*, el eticismo tomista de *Joan Roiç de Corella*, los postreros ecos adoctrinadores tomistas que florecen en *Juan Moreno*, el eruditismo retórico de *Felipe de Malla* o de *fray Marcos de Montserrat*, la incontable tarea de retóricos y traductores... En una palabra, todas las manifestaciones de la espléndida cultura medieval catalana, tal como repercuten en la especulación política. Consuéleme de la rapidísima y ni siquiera panorámica ojeada, pensar que algunos de ellos merecerán pasado mañana trato aparte, a fuer de su condición de mallorquines. Que no es lícito abusar de vuestra paciencia para conmigo, aunque bien sé yo cuantos goces recónditos suscita en vuestros corazones la calidad exquisita de la materia de que trato.

No quiero, con todo, concluir estas notas en torno al pensamiento político catalán medieval, del cual el mallorquín es parte apreciadísima, sin aludir a tres nombres de fama merecida. Sea el primero el tiranicidista *fray Cristóbal Gualbes*, digno de mayor consideración de la que hasta ahora tuvo. Acompáñele el canónigo barcelonés *Juan de Palomar*, cuyas oraciones contra los hussitas en el concilio de Basilla, conocidísimas por razón de vuestros estudios por muchos de los presentes al haberlas leído en el Mansi con tanto gusto sin duda como las leí yo, constituyen una de las impugnaciones más acerbadas que conozco en materia para mí tan bien conocida como es la de la literatura antiwicleffiana en toda Europa. Y sea el postrero en la enumeración, pero uno de los primeros entre todos cuantos llevo recontados esta tarde, aquel auténtico cardenal del Renacimiento, *Juan de Margarit*, preceptor de Fernando el Católico y tan

realista en sus juicios, tan acabado en sus consideraciones de oportunismo político, tan acertado teórico de las mañas imperantes entre los hombres de gobierno de su época, que es a mi ver uno entre los precursores a la letra de las ideas que luego pocos años después canonizará el florentino Nicolás Maquiavelo. Diré más todavía sin temor a yerro. Si se exceptúa el *Callímaco experiente* de Filippo Bonnacorsi, no sé yo de ningún otro antecesor de Maquiavelo que merezca el título de tal con tan patente propiedad.

Os he fatigado, señores, con mi desmelenada exposición de la línea del pensamiento político catalán cuando Cataluña era. ¿Qué conclusiones cabe inferir de ella?

Ya he hecho resaltar en alguna de mis publicaciones cómo la primera vez que en el lenguaje usual la palabra nación pierde su valía etnográfica y asume prestancia de cuerpo político colectivo es aplicada a Cataluña en las discusiones de Caspe. Mas lo que sí me interesa recoger es que, en contra de lo que viene propalando enteca ambición de conformismos críticos, es en Aragón y en Cataluña, en los dos pueblos por siempre hermanos de la Confederación de nuestro Levante peninsular, en donde nace la idea de la libertad política.

Y aseguro más. Que si en algún pueblo de los siglos medios esa libertad política cuajó en fórmulas de realidad apetecible, fué en tierras aragonesas y catalanas.

Como el tema de esta conferencia se contrae a Cataluña, voy a concretaros en un solo ejemplo, la madurez política de sus hijos en la hora misma del 1400 en que las ciudades italianas eran presa de «condottieri» tiranuelos sin escrúpulos, en que Francia yacía bajo los rigores del llamado por los tratadistas de entonces «gouvernement royal» y en que la máquina constitucional inglesa oscilaba al capricho violento de la blanca rosa de York y de la encarnada rosa de Láncaster. Tal cual he escrito ya en otro sitio, la noción del *selfgovernment*, cuya introducción en las colonias y la echadura a andar de éstas por los caminos

de la libertad y del autogobierno tanto se ensalza en los de Inglaterra, se halla asimismo previsto, quinientos años atrás, como magnífica conquista del genio político de aquel pueblo de hombres libres. No contentos con lograr la libertad interior, se afanan por educar a los pueblos atrasados para capacitarlos a una vida por sí solos en la práctica de la libertad política. Con ocasión de las revueltas que desgarraban la isla de Cerdeña, donde un partido agrupado en torno a las poderosas familias de los Oria y de los Arborea mantenía permanente revuelta contra el dominio de la Corona de Aragón, pese a que los reyes ensayan para reducirla durante medio siglo todos los artificios de la violencia y del halago; preocupación que pasa a los brazos reunidos en Tortosa el año 1400, hasta elevar al rey la siguiente proposición, que se transforma en ley al recibir el correspondiente *plau*, y que sella el estilo libre que presidía a la expansión mediterránea de los pueblos del oriente hispánico: «Item, senyor, com sia estat diverses vegades vist et sabut que per lo gran et absolt poder que és estat dat als governadors del dit regne de Cerdunya se són seguits molts inconvenients, car per lur potència et lunya corporal de lur senyor, los dits governadors voluntariament han perseguits afligits et dampnejats molts et diverses havitadors del dit regne, et altres a aquell vinents o declinants axí privats com estranys, en tant que en aquell regne e en altres parts fo et es creença et opinió comuna que la rebel·lió la qual ara et de lonch temps a ençà és estada et és en lo dit regne pres fonament et principi de e en les soberraries et voluntaris processess dels dits governadors, sia mercè de vós, senyor, provehir et fer perpetualment, que daçiant los dits governadors et cascun dels hagan de vós, senyor, et de vostres successors cert et limitat poder», pidiendo que durante cinco años los tales gobernadores no puedan remover los oficios y que para la provisión de los que vacaren obren «ab consell dels consellers de Caller en aquella Governatió, et dels consellers del Alguer en la Governatió de Lugudor».

Puede decirse, sin temor a yerros, que lo que Cataluña aporta a la civilización es esta concepción del hombre libre en medio

de un pueblo libre; la práctica de un sistema constitucional que se cuenta entre los más perfectos que registra la historia; la manera de ser política que correspondía a un pueblo rico en exaltadas figuras gigantescas, pero cuya fórmula vital reside en esa cosa, un tanto vaga de expresar pero eficacísima en el vivir, que se llama el *seny*. El *seny* aplicado a la economía de mentalidad burguesa y comerciante, previsora y activa; aplicado a la política, cuaja en un sistema de instituciones, joya preciada de libertad con orden.

En esto consiste el legado histórico del pensamiento político catalán medieval, del cual el balear es parte importantísima.

Cuatro son las direcciones fundamentales del pensamiento político balear de aquellos siglos de espada y pluma, de luz y cruzadas.

En primer lugar, la obsesión omnicomprendiva, genial y casi me atrevería a afirmar que sin iguales, que cristaliza en las grandezas inmarcesibles del vuelo caudal del *águila luliana*. En segundo término, el moralismo usual en la época, tajado a golpes de citas floreadas en los padres devotos, de que es muestra el estilo cogitativo del moralista *Luis Pax*. En tercer plano, el señuelo oriental que Ramón Llull combatiera, pero que en *Anselmo de Turmeda* ejerce la sugestión de los dioses encantadores del levante misterioso. Finalmente, la llamada evocadora de la clásica sabiduría latina, nunca apagada en el rescoldo de estos solos mediterráneos, que es gracia itálica en las transcripciones conscientes de *Fernando Valentín*.

Símbolos de cuatro líneas cardinales, a ellos pudiera referirse el desenvolvimiento del pensamiento político balear medieval.

Aquí pudiera terminar mi decir de hoy. Pero no será sin antes reiteraros a todos el testimonio de mi gratitud primero, por fueros de ausencia, a Antonio Truyol, el amigo fraterno.

Después, al profesor José Enseñat y Alemany, por haberse dignado venir a darme el espaldarezo lulista, poniendo en el empeño la autoridad probada de su sabiduría y la gracia de un estilo con el que os deleitará al contestarme y que tanto contrastará con la pobreza del estilo mío. Más tarde, al benemérito Mossén Francisco Sureda Blanes, maestro y vivero de lulianos, y al infatigable Joan Sbert Massanet, que tan cariñosamente abrieron sus brazos a la nadaría de mis ningunos merecimientos. Y luego, al padre provincial de los franciscanos baleares, fray Antonio Bauzá, que ayer me hizo gozar en las alturas del monte Randa emociones dulcísimas de íntimas evocaciones del Doctor Iluminado, avivadas al calor generoso de su hospitalario acogimiento. Y, finalmente, a las autoridades de este antiguo Reino, hoy provincia, que se dignaron presidirnos; y a todos vosotros los que asistís, amigos en el afán y en la esperanza, que conmigo os unís hoy en la quimera sagrada de un ideal que nunca ha de morir.

A todos, muchas gracias.

## La intuición genial cristiana: Ramón Llull

Señores:

Si difícil empresa fué la de ayer, consistente en dibujar la línea evolutiva del pensamiento catalán medieval, en donde se inserta la del pensamiento balear en los aspectos políticos, mucha más apretada estrechura y mayor erizamiento de ásperas dificultades consistirá esta aventura intelectual de hoy, enderezada a hablaros de aquel coloso de los saberes y de aquella cima cimera de los sentires que fuera Ramón Llull. Pocos varones tan evasivos a las agarraderas del historiador; pocos santos tan difuminados en la aérea ilusión de lo celeste; pocos sabios tan inaccesibles a la desapasionada consideración; pocos genios tan rebeldes a la despreocupada exégesis. Su estela humana, orlada de fervores divinos como el sol dora las postreras nubecillas de la tarde, excede en tanto a las dimensiones del cerebro, y lo que es más, del corazón, del vulgo de las gentes, que semeja empresa de titanes el logro del dorado vellocino del entendimiento del bendito y genial Barbaflorida.

Y es preciso entenderle, porque él condensa y resume el espíritu catalán del siglo XIII, proyectando sobre sus cotérraneos luz de tan vivos resplandores que todavía, en la pátina lejana de los siglos, concentra la estampa policromada y viva de las gentes del levante peninsular. Aquí sobre todo, en las islas de la calma y del ensueño, aquí donde Dios derramó los tornasoles más exquisitos de su gama de colores hasta el extremo de elevarlas a pedazos desgarrados de las celestes comarcas del empíreo, Raimundo Lulio lo llena todo, transfundiendo la inmensidad tranquila de sus apasionados amores en cada una de las sonrisas con que esta tierra de bendiciones recibe al viajero que llega tarado de dolores y tristezas. Peregrinos del amor de Llull somos cuantos aquí venimos desde la áspera y capitana Castilla; y especialmente peregrino de su amor soy yo al contarme entre vosotros,

sin más título para ello que mi admiración y mi cariño para la obra ingente de este sin par Don Quijote Catalán a lo divino, parejo en lo humanal y muy superior en lo demás a aquel que dicen encarna la gesta de Castilla en el marco de los pueblos del universo.

Ante todo, quiero marcar los obstáculos que entorpecieron mi tarea. Es tanta por lo amplia y por lo múltiple la producción luliana, y de tal magnitud la bibliografía que en torno a las obras del beato Ramón se ha acumulado, que acometer la búsqueda de sus ideas es perderse en el piélago sin riberas de la más florida, repetidora y apasionada literatura que concebirse pueda. «Selva de libros» ha llamado un biógrafo, Lorenzo Riber, al cúmulo inmenso de los 243 escritos conservados, catarata de saberes que cae sobre el lector con la imponente majestad de un Niágara de lógica sentida y apretada, labrada a martillazos del corazón en la forja intelectual del mayor hombre a lo divino que fué capaz de engendrar aquella edad media, cuya aspiración primordial consistió precisamente en producir tipos de semejante casta.

Es la de Llull obra de sentimiento, y la entera aureola doctrinal en que su autor la envuelve, no puede ocultar la espléndidez de unas ideas que apenas encubren los sentires, con el mismo imposible secreto con que un traje cerrado no alcanza a disimular la espléndida morbidez de una doncella. En Llull canta la lira medieval su canción mística e intuitiva, sencilla y cariñosa; y es uno de los mayores contrasentidos en la historia del pensamiento humano que esta sencillez ceñida al rigor cálido de los sentimientos acabara en una farragosa terminología especializada, supercomplicada en combinaciones de dibujos y figuras.

La vida de Llull es, a tenor de esa primacía del sentimiento que la llena y transfigura desde el primer contacto con el lector, la vida de un hombre ante quien no es dable tomar la fría postura del crítico. Hay que aceptarla o negarla en bloque, con la lógica ciega del razonar sin razones de la impresión. No cabe remitir el juicio a la ulterior consideración que sigue a los



análisis metódicos, tras el forcejeo de la revisión de cada uno de los conceptos. Cuando nos acercamos al pensamiento luliano, si lo entendemos es porque estamos ya tocados del fuego inflamado que a Ramón movía; por eso, a lo largo de los siglos, el Doctor Iluminado no tuvo ni discípulos ni críticos, sino solamente apologetas o debeladores.

Y es que la filosofía suya es la filosofía de un converso, de un hijo del siglo que logró, que trocó el amor de las cosas terrenales por el amor de las cosas divinales. Hasta los treinta años derrocha en los salones de palacio y en no santas aventuras galantes toda la impaciente ansia de un pecho nacido para el amor; es al doblar los treinta junios cuando la primera madurez se nimba en la sazón del arrepentimiento primero, cuando cinco visiones de dolor del Cristo crucificado preparen el camino a la conversión, que ohrará el ejémplo de la no menor maravillosa conversión de Francisco de Asís medio siglo antes.

Desde entonces cambia el escenario, no porque desaparezca el brío innato ni porque hayan volado en muertas cenizas frías las ardorosas ascuas de su afán inagotable, sino porque cambia el objeto de sus arranques amorosos. En lugar de las criaturas va a poner sus ilusiones en el Criador; si antes quiso morir a los pies de alguna bella enamorada, ahora el ensueño de la belleza femenina cede sitio al ensueño de la perfecta belleza de Dios. Y toda la pasión que dentro le estalla con fuerzas telúricas de volcán que cruje, imprime a su existencia el sello de la inquietud de las grandes pasiones; y su vida es un torbellino de polvo de todos los caminos, desde Armenia hasta Santiago de Compostela, desde París a Túnez, desde Chipre hasta Roma; y su cabeza es un hervidero de ideas repartidas por todos los rincones del saber, desde la complicada metafísica hasta la medicina o el derecho, desde la utopía ilusionada hasta el práctico consejo misionero; y su pecho un foco de amantes sugerencias, que irradia unas veces en desconsolados trenos de desesperanza, otras en peticiones acuciantes, otras en luminosos cantos de alegría y otras en la sinfonía heroica

del deseo de morir por Cristo; y su figura entera, recortada en la cima de la historia catalana, abarcándolo todo, sabiéndolo todo, recorriendo todos los lugares de la cultura y de la geografía, se transfigura en el perenne afán de morir de amor, quemado en el fuego místico de Aquel que quiso traer fuego a la tierra. Cuando la leyenda le hace caer, en el invierno de 1315, a pedradas de los fanáticos de Bugía, no viene apenas sino a corroborar el ansia de martirio por amor de Dios, que atenazó desde su conversión a este varón prodigioso para el amor y la pasión nacido; y aquel

*«vull morir en pelech d'amor»*

del inefable *Cant de Ramon*, pudiera ser el único epitafio de una tumba que, como su rima, fué el piélago inmenso de la naturaleza, sólo nicho bastante a tan grande hombre.

En el siglo en que vivió, siglo grandioso, si los hay en la historia de Europa, no desmerece de talla a la vera de un San Francisco de Asís o de un Santo Tomás de Aquino. Está entre ambos, porque fué sencillo como el primero y docto a la manera del segundo. Logrando forjar, a fuerza de su posición intermedia, el gran sueño de la hora: una ciencia que fuese apologética y un saber que sirviese a Cristo. Por eso es loco y extravagante, sabio y escritor, asceta y pordiosero, misionero y mártir, uno de los seres más extraordinarios que la humanidad ha producido y uno de los hombres que mejor evocan la situación espiritual de su edad y de su patria.

Es imposible comprender el conjunto del pensamiento político de Raimundo Lulio si damos de lado a su sentido franciscanista de la vida. Porque es evidente que la perspectiva espiritual del gentil Barbaflorida es la de los primitivos franciscanos, pudiéndosele aplicar los rasgos típicos de los primeros seguidores del Poverello. Incluso cuenta la *Vita ceotanea* que su conversión se produjo al oír un sermón panegírico

del santo de Asís; por franciscano le diputó fray Joseph Antonio de Hebrera en su *Chronica seráfica de la santa provincia de Aragón, de la regular observancia de nuestro padre San Francisco*, impresa en Zaragoza en 1703; y el poeta Antonio Massot, con ocasión del certamen celebrado en la iglesia de San Francisco de Asís, de Mallorca, el 15 de mayo de 1502, le llama «francesch seraphich».

La nota que sobre todo junta al Beato mallorquín con el *Poverello* italiano es la visión de la naturaleza como espejo de las maravillas de Dios. En contraste con la postura intelectiva que el tomismo adopta frente al orbe de las cosas naturales, estimándole arcano de secretos cuya resolución compete desen- treñar a la limitada razón de la racional criatura, los pobrecitos extienden su humildad al ancho campo de las cosas y ven en el conjunto ordenado de los seres huellas fehacientes de la gran- deza del Señor. Cuanto el dominico tiene de acerada ofensiva intelectual, tiene el franciscano de admirada inclinación de- vota; aquél otea las tramas del cosmos con aguzada intención inquisitiva; éste cae de rodillas delante de las maravillas del Que las creó. Siendo en este hermanarse con las cosas dimi- nutas, en esta humildad del gusto por lo pequeño; en este leer la ciencia de las maravillas de Dios en el gran libro de la naturaleza, en lo que el beato Ramón viste sayal franciscanista, con preferencia a la profunda y documentada actitud de los hijos de Santo Domingo. Las palabras con que Blanquerna se despide de Natana al emprender su marcha por las soledades agrestes son las que podría haber pronunciado el hijo del comerciante Pietro Bernardone al abandonar los lares paternos: «*Jo vaig en los boscatges a contemplar al meu senyor Déu Jesu- Christ e a la seva mare verge gloriosa senyora nostra Sancta María*». Y tal como al *Poverello* de Asís el lobo de Gubbio o las avecillas del campo le sirven de peldaños para elevarse a Dios en alas de su corazón todo amor a las criaturas que la mano divina fabricara, Llull encuentra en las soledades de los montes mallorquines,

«*enfrent la vinya 'l fondar*»

la ocasión de estallar en suspiros y en lágrimas de encendido amor a los seres que abajo reflejan el poder del cielo:

«*enfren la vinya 'l fenollar,  
amor me prèn: fè'm Deus amar,  
enfren sospirs e plors estar*».

Y el *Liber de contemplació*, unánimemente considerando desde Torres y Bages, Mateo Obrador y Joan Avinyó, hasta nuestro admirado mossén Francisco Sureda, como la cúspide de la especulación luliana, empareja con el *Fèlix de las meravelles* la visión de Dios retratada en los encantos de las criaturas; lo contemplativo franciscano vence en Lull al dogmatismo de las lecturas sabias, en una temática final desprovista de artificios, pero que llega a penetrar las almas con la eficacia de su sencillez.

Sencillez que nos lleva de la mano al segundo punto de coincidencia: al sentido popularizador de la especulación luliana, que más que lección es misión, y mejor que elaboración cerrada simple decir de verdades evangélicas. Lo que de místico hay en ella es un misticismo que cala en el pueblo porque al pueblo se dirige; es el misticismo alado sin mengua de profundidades de un San Buenaventura, en el que la pléyade de los simbolismos cobra la exactitud ejemplar de las parábolas de que Cristo se valía para allanar la buena nueva a la altura de los cerebros de las multitudes. Su misma teología contemplativa tiene este sello de lo franciscano, que hace del *Liber de contemplació* veraz narración de las emociones vitales del autor, pero con la fuerza vigorosa de un personaje como Lull, que al evocar allí la sucesión de sus estados anímicos se eleva, por obra de un misticismo que le sirve de puente entre lo abstruso de las proposiciones teológicas y lo concreto de sus incidencias interiores, a las alturas de los grandes escritores de confesiones, sin excluir los picachos cimeros del águila agustiniana.

Un tercer punto de coincidencia lo da la identidad doctrinal en los conceptos. Lo mismo las *Artes* lulianas que los tratados

franciscanos provienen del lejanísimo hontanar platónico, con la preocupación enciclopédica consiguiente, con igual visión armónica del mundo, con idéntico idealismo metafísico, con semejante encadenamiento de géneros y de especies en cerradas estructuras lógicas, con la aceptación común del hilemorfismo universal. Par platónicos, los franciscanos y el beato Ramón comulgan en definir al universo como un sistema de signos denunciadores de la inefable realidad divina oculta detrás del mundo aparente de las cosas creadas, orientación que confirma la tendencia contemplativa y mística de unos y de otro.

Un cuarto y no menos importante contacto lo da la actitud ante la vida, elemento muy superior a las formulaciones doctrinales en tipos de la tónica emotiva del gentil Barbaflorida. El desprendimiento de los bienes terrenos, la pasión de amores misioneros, la preocupación por los perseguidos de la fortuna, el acercamiento a aquellos que padecen hambre y sed de justicia, todo lo que fué lema de las primeras comunidades cristianas y que por caminos desviados de la vía católica romana aspiraban a resucitar las diferentes ramas de beguinos, alienta en Llull y en San Francisco sin salirse de los senderos ortodoxos. La vida de ambos lo demuestra en su paradigmática ilusión de renunciaciones mundanales, tan viva en nuestro mallorquín, que la traslada a su propia especulación utópica de tal manera que, en la ordenación ideal que de su corte apostólica trazó el papa Blanquerna, hay nada menos que un cardenal, el apellidado «Qui tollis peccata mundi, miserere nobis» en aquella curiosa clasificación terminológicamente sacada del «Gloria in excelsis», con oficio de representar en la corte papal a quienes careciesen de alguien que les amparara.

Cuanto de entrañable vibra en la medula del movimiento franciscano conmueve también las entrañas del gran «Ramón lo foll». La intensidad de lo emotivo, las ansias en amores divinales, la proyección de la mano divina en el libro de la naturaleza, el acercamiento a los olvidados de la fortuna, responden a las exigencias de la Europa mediterránea del siglo XIII, estrechada entre la avalancha alárabe y las inquietudes heréticas, postu-

lando la misma salida popular, evangélica y humanísima. Y tan a lo vivo cumplieron su cometido histórico que lograron recoger una vertiente permanente de las preocupaciones humanas, viniendo a dar en la vena oculta de los mejores sentimientos cristianos y en la solución perenne para los corazones cándidos y puros.

Esta rapidísima presentación del Llull franciscano, imprescindible para entender mi interpretación de lo que significa en el pensamiento político español y europeo, necesitaría venir acompañada de numerosas disgresiones que aclararan como a semejante franciscanismo han de ser achacados los ataques que su doctrina mereció, sea del lado de la violenta intransigencia dominicana de Nicolás Eymerich, sea del lado del pedantesco sabihondismo de los maestros de París. Asimismo sería preciso puntualizar en qué sentido fué Raimundo Lulio miembro integrante de la llamada filosofía escolástica, con la que parece andar en pugna ese espíritu alado en lo místico y popular en las formas que él adopta.

A mi ver Llull forma parte, y parte sobremanera preeminente, del magno elenco de pensadores cristianos que recibe el nombre de Escolástica, bien que su escolasticismo sea un escolasticismo teñido de particulares opiniones. Creo incluso que es escolástica su terminología, por más que denomine definiciones a los conceptos, condiciones a los juicios y razonamientos a las reglas.

Mas escolástico con matices propios. *En primer término*, el gusto por la combinación de ideas trasladada a fórmulas que parece residuo de la cábala oriental y que anticipa la concordancia numérica del cosmos de Nicolás de Cusa y la combinatoria leibniziana, gracias a un simbolismo que si bien, como apunta Gilson en su libro ya clásico acerca de «*L'esprit de la philosophie médiévale*», anida igualmente en la filosofía un mucho poética de un Hugo de San Víctor o de un San Buenaventura, cobra en Lull caracteres de suprema precisión. *En segundo lugar* por la preocupación popular de su ideología, que le arrastra a escribir en romance, haciendo del catalán la primera de las

lenguas modernas que expresó cuestiones filosóficas cuando todavía reinaba el latín sin disputa en las escuelas. Rasgos de fondo y de forma que perfilan su recia personalidad de pensador y recortan, también en la filosofía, su dulce estampa de ojos de luminosa incandescencia.

Pero sin salirse del marco en que se cimentó la especulación cristiana del medievo. Las expresa, eso sí, poniendo en su exposición el vigoroso sello propio, mas acomodándose siempre a la pura ortodoxia dogmática. Así, por ejemplo, la concepción fundamental de la Escolástica de considerar al universo como un juego de la causa primera divina y las segundas causas humanas, entra en la filosofía luliana traducido en un sentido finalista a la teoría de las dos intenciones, a los términos del «*Libre de contemplació en Déu*» y sobre todo del «*Libre de Intenció*», aceptando el dualismo, lo regula explicando como el ordenamiento cósmico que tal dualismo produce tiene lugar a tenor de un plan trazado según la primera intención, la intención divina al bosquejar el mundo, en virtud de la cual Dios ha creado al hombre para que le ame, honre y sirva; la segunda intención divina, derivada de la primera, determina los medios que Dios brinda al hombre para que pueda cumplirla, de tal manera que la trama de medios propia de la segunda intención se subordina a la ecuación de fines de la intención primera; solamente cuando esta jerarquía del hombre bajo Dios usando de los medios en relación a los fines se mantenga, cabe hablar de un ordenamiento cabal del universo. De este modo la visión escolástica general del dualismo Creador-criaturas se tiñe de un colorido finalista y apasionadamente impregnado del amor como principio ordenador de todos los seres.

Criterio de amor que le coloca muy cerca de la escuela franciscana, de acuerdo con el giro general de su pensamiento. Tomás y Joaquín Carreras han dicho lo bastante en lo que concierne a los conceptos de individuo y de hombre para que nada haya que añadir en una consideración de los límites de la presente. Yo mismo, en el largo capítulo que a Ramón Llull consagró en el tomo I de mi voluminosa, *Las doctrinas políticas*

*en las Españas*, de pronta aparición, me detengo en pormenores que aquí son inadecuados, aun siendo cómo es esta conferencia mero extracto de lo que allá estudio. Baste decir, en resumen, que Llull hace del hombre un espejo donde se juntan las dos líneas del espíritu y de la materia, al igual que en toda la Escuela; mas de una manera especial, a causa del sello divino que ve en la ordenación del orbe; sello divino que el amor enseña a descubrir en las criaturas, por aquellas recónditas vías de la intuición, que ya los griegos calificaran de noética para expresar constituye patrimonio de esos seres semidivinos, que andan por la vida cubiertos con el manto de la excelencia de Dios.

Encarnación viva de la empresa misionera popular y franciscana y armonizando como pocos sistemas la razón con la fe, es la luliana filosofía de la libertad teológica del hombre. Lástima que lo amplio de la materia y lo recortado del tiempo me fuercen a pasar como sobre ascuas al aludir a punto tan cardinal. Veríamos entonces, con ayuda del acopio de los textos frecuentes que el beato Ramón aporta, como si ve en Dios el conjunto de perfecciones de que las maravillas de la naturaleza con flojo eco, por otro lado la libertad era la vía por donde el hombre podía elevarse hasta la perfección divina en alas de ese amor apasionado que es la tónica sublime de toda esta cadena de fervores. Tan es así que en el «*Fèlix, de las maravelles del món*» el ermitaño tiene buen cuidado de apuntar a Félix como la libertad humana existe en función del amor de Dios, y solamente con esas miras. «*Libertat, fill, dix lo ermitá* —se lee en el capítulo XLI, parte VIII— *està en coratge de hom, per ço que la volentat am franchament Déu*».

La libertad política conquista de los hijos de la Cataluña medieva será simple y fijo contrapié a esta alada, gentil, suave, expresiva y hondísima libertad de dignificación a lo místico, casi estoy por decir a lo divino, de las imperfecciones de la criatura racional en el seno insondable y generoso del amor de



Dios. Solamente un pecho como el de un Raimundo Lulio podía prender la chispa dulcísima y consoladora de conceptos semejantes.

Ese amor que lleva al conocimiento de Dios es asimismo clave de la cultura humana. Al igual que para San Agustín, para Llull las ciencias tienen importancia en la medida en que acercan a Dios.

El apetito de saber es natural, una manifestación del amor del hombre a las demás criaturas; el ansia de sabiduría es una chispa más en la hoguera del corazón del Doctor iluminado.

Por eso el saber es agradable, porque el amor es lo más agradable de todo. «*Lo filosof* —se dice en el *Arbre de sciencia*, de 1285— *ama veritat de les coses per ço que en aquell saver delectació püsca haver*». Delectación que torna llevaderos los esfuerzos del pensador; quien al realizarlos cumple su destino humano de amar a Dios en la verdad que puso en las criaturas.

La totalidad de las ciencias humanas se sublima y cada una de ellas se jerarquiza en la proyección constante con que el amor vuelca sobre Dios las miradas y apetencias terrenales. Según se declara magníficamente en el «*Libre d'Intenció*», el saber se ordena al amor de Dios y de las cosas por Él creadas en el mundo, llegando a uno y a otras por la vía gnoscitiva. De donde inferir la alta dignidad de la filosofía, cuya meta es el hallazgo de la verdad de las cosas, verdad que retrata la verdad teológica fundamental que es Dios. Para Llull no caben contradicciones entre la teología y la filosofía, ni siquiera la posibilidad de que existan dos verdades separadas cual quisieran Averroes y sus imitadores parisinos. La filosofía se sujeta a la teología y en la verdad teológica única confluyen la fe y la razón en estrechísimo abrazo.

Dentro de la grandiosa ordenación total de los humanos saberes, así firmemente ayuntados en los cimientos de la verdad única divina, el análisis del derecho y de la vida

comunal es parte constante en la temática de los distintos libros de Llull, casi como el colofón final que cierra las agitadas preocupaciones de su sin par autor. No podía suceder de otra guisa en aquella alma acuciada por el espolón de la empresa misionera, de una empresa misionera, que por fuerza debía tener por marco las comunidades de vida de los hombres. Por eso no lo olvida nunca; por eso en el apartamiento monacal incluso, el dedo docto y apasionado de Blanquerna ordena a sus monjes estudien la filosofía y el derecho.

Materia aparte es si la discriminación entre los sectores éticos, político y jurídico se plantea o no en el *opus* del Doctor Iluminado. Quede para otra parte el desenvolvimiento de tal punto. Basta indicar por hoy como a mi juicio, dentro de la enciclopedia de saberes que Llull construyó, el derecho y la política sirven de coronización a todas las materias, porque en la lógica del orden de cuestiones analizan la vida humana en la cual el asceta mallorquín quiso volcar el apasionado ardor misionero que le animaba; pero una vez aisladas en conjunto, carecen de separación entre sí, girando en torno a la problemática política en el aspecto formal y transidas de un eticismo que cala hasta los temas más menudos.

Los árboles son políticos, los frutos jurídicos, la savia viva la proporciona la viva aretología que por debajo late. Cuando hablo de aretología viva quiero indicar la impresionante vitalidad científica y la fecundísima gama de posibilidades que para el buen gobierno de los hombres atesora el maravilloso *opus* del santo balear; en la íntima asociación de lo ético con lo político, en el ver los oficios según la conducta de quien los ejerce, en centrar la política en la virtud, en calibrar el juego de las instituciones según el juego de las pasiones, en atemperarlo todo a aquel amor inflamable y único, veo yo correr savia de reformas de insospechada valoración práctica por debajo de los resecos troncos de nuestras actuales máquinas de gobierno. Lección sublime, señores, y lección pragmática asimismo, ésta que nos brinda la sugestiva y nunca bastante estudiada pluma del genial Ramón.

Decidme si no el juicio que merece aquel ordenar la ética alrededor del planteamiento de las dos intenciones y a tenor de la consideración jerárquica de ellas; aquel aplicar este esquema a las variadas situaciones humanas, en un verdadero alarde de talento por la sugestividad y el artificio en los planteamientos lógicos; ese hacer de la política un estudio más desenvuelto y más rico que cualquiera de sus contemporáneos, con puntas de consideraciones sociológicas de los estratos sociales; ese atarse a Aristóteles sin seguirle ciegamente, extrayendo de él la médula que olvidaron otros tantos escritores del medievo: el recuerdo de la lección platónica de que la vida de convivencia es una vida buena, y la certeza de que no cabe concebir una *πολιτεία* sin que en ella reine la *αρετή*.

Porque en esta captación del eterno saber mediterráneo, del equilibrio entre el microcosmos humano y el cosmos social, entre la *σφραγισμένη* y la *δικαιοσύνη* platónicas, es la magna aportación de Ramón Llull al pensamiento político de Occidente, tanto más valiosa cuanto que se operaba en días de fuego y de sangre, crepitantes aún los rumores de las selvas nórdicas bajo los cascos de los hijos de los pueblos que se repartieron el solar romano.

El esquema formal de su concepto de la comunidad política es la obra de Aristóteles, con el oportuno recalcar de la «vida buena» por nota moralizadora e inserción de la ética en la vida comunal. En el capítulo LXXI del «*Liber proverbiorum*» puede leerse tajantemente, sal de siglos vertidos en una iluminada mente clásica: «*Societas est vicinitas, in qua homines habent concordantiam propter aliquem finem*». Y con mayor aquilatamiento terminológico y más depurada precisión todavía, en el párrafo 63 del «*Libre d'Intenció*»: «*Poble es per intenció de congregació o ajustament de gents, per ço que y sien nades bones costumes, e què sien diverses mesters en ciutat, los quals són a hom necessaris, axí com mercader e ferrer, fuster e sabater, e los altres officis qui a arts mecàniques se convenen*».

De donde resultan que, para nuestro Barbaflorida, los requisitos que definen a la comunidad política son tres: pri-

mero: comunidad de vida; segundo: fin moralista de vida buena; y tercero: que la comunidad cuente con medios materiales para poder subsistir. Todo, me parece a mí y lo hago resaltar por cuanto contradice a la tesis anterior de Helena Wieruszowski, de pura impronta aristotélica, puesto que en la segunda condición reverdece la tendencia eticista del Estagirita y en la tercera la postulada por todos los pensadores helénicos.

Lo peculiar de la concepción lulista es como injerta en el cañamazo de este planteamiento técnico de cuño aristotélico, su perspectiva franciscana de la vida, dando nueva vitalidad a la teoría clásica de la comunidad al poner al amor por alma de la convivencia. El común amor de los hombres hacia Dios forja una trama de mutuos quereres, reflejos del querer que a Dios se debe; de tal modo que la vida en común carecería de sentido si se la redujera a la cruda consideración técnica de una yuxtaposición de seres racionales; es el amor, el amor franciscano que clava sus raíces en el suelo afectivo del corazón y, hasta me atrevería a decir sin forzamiento del sentir filosófico del santo mallorquín, en el juego estelar del universo, el que da calor existencial y vivifica las relaciones interhumanas.

La eterna disyuntiva amor-odio como criterio de ordenación política, tiene por eso una contestación diametralmente opuesta a la que siglos después le dará un práctico de la política renacentista italiana, Nicolás Maquiavelo. En líneas que rozan lo utópico, Ramón Llull se eleva al cielo a fuerza de ahondar en la trama de los mundos, para él reflejo puntual de que la hiciera inflamado en ansias de amores.

Por lo cual los señores de la tierra deben tender a lograr el amor y no a basar su poder en el miedo que infundan a sus súbditos, pues sus señoríos políticos han de imitar el modelo de la monarquía divina del cosmos. Textualmente lo declara Llull, al decir que

*«Déus és molt gran Emperador  
qui mana a hom per amor»,*

en *«Els cents noms de Déu»*. Pues el amor es chispa divinal y el odio negación del orden bondadoso que la bondad de Dios clavó

en las escalas ontológicas, el amor deberá ser sostén del príncipe, se nos razona en el *Arbor imperialis*; agregando en la cuestión 877 de la «*Lectura super Artem inventivam et Tabulam generalem*» que consta al tomo V de la edición maguntina, que únicamente para quienes prefieren el vicio y al preferirle niegan la bondad que Dios puso en el ordenamiento universal, debe emplearse el temor como arma de gobierno. Cabalmente si alguien debe sentir temor en una comunidad como la que Llull idealmente teoriza, no es el conjunto de los súbditos, sino el gobernante, quien deberá temer por el peso de su mucha responsabilidad delante de Dios y de su pueblo. La teoría lulista de la comunidad política recoge así las aspiraciones de los movimientos evangélicos del siglo XIII, sin que la admisión de los patrones doctrinales de la Grecia clásica obste al ansia de enfocar los problemas humanos a través del prisma de la fe de Cristo.

Constituída alrededor de un príncipe cristiano que recuerda muy mucho al príncipe evangélico de Arnaldo de Vilanova, aunque Llull no utilice apelativos entonces clasificadores en una de las tendencias del momento, la comunidad se ordena a manera de las ramas sobre el tronco de un árbol, ahora árbol político en la terminología del gran balear.

Diez son los sectores de la comunidad, o en palabras del beato Ramón, diez son los brazos del árbol imperial: nobles, caballeros, burgueses, consejeros, procuradores, jueces, abogados, sayones o alguaciles, confesor y pesquisidores.

Ni que decir tiene que estos diez estratos de la comunidad política los toma Llull de la observación del momento; su sociología es una sociología descriptiva de la realidad social, eco de las especies de vida política que la realidad actual proporcionaba. Aristotélico en este punto, es la experiencia diaria el arsenal de datos de este Ramón a menudo, tan a menudo, injustamente tachado de utópico.

En donde asoma su idealismo es al teñir de eticismo estos datos que la realidad le brindaba, cuando a la estructura de la sociedad en que se movía lleva la regla de la moral de la primera intención, aquella que implica una cerrada adecuación de las

criaturas al Creador. «*Omnes istae branchae — dirá — debent essa habituatae et inductae primis branchis arboris moralis*».

Eticismo que matiza de utopía su pensamiento, pero que a la larga es simplemente la afirmación de su evangelismo misionero en el terreno de la doctrina de la comunidad política. Siendo ésta una de las cosas que elevan a Lull por encima de los otros escritores que en el medievo se ocupan de catalogar la comunidad precisando sus aspectos y facetas, porque la más imparcial observación deberá reconocer que el planteamiento que con semejante perspectiva cobran las cuestiones que hoy diríamos sociológicas aventaja con mucho a los propósitos que por iguales siglos medios animaron al infante castellano don Juan Manuel o al obispo inglés Reginald Peacock. La primera intención es regla tan elevada que impone una altura de pensamiento de raro valor en la historia de las doctrinas políticas; no podía reducirse a esquema descriptivo la pasión a lo divino del genial Ramón, porque no es dable encerrar en las piedras de un cauce el piélago arrollador de su amor franciscanista a las criaturas que reflejan la esencia misma de la perfecta divinidad.

Interminable sería la tarea de señalar como la consideración eticista se proyecta sobre cada una de las maneras de vivir que componen la comunidad. En otra parte de mis estudios detallo algunos aspectos de esta aretología viva, profunda, rasgada de encandiladas visiones de político sereno, que transfunde la virtud en las esferas de la gobernación, reflejo directo de aquel cristianismo de llamarada ardiente que fué el arranque de la especulación luliana.

Porque, lo repetiré una vez más, pues nunca se repetirá bastante para deshacer la errada opinión del vulgo gris de los lectores a medias, de aquellos que creen saberlo todo porque han hojeado el Espasa y leído algún ramillete de frases gitanas de don José Ortega y Gaset. Nuestro beato Ramón no fué en lo político ni un loco ni un visionario; fué sencillamente un cristiano. Y además de ello, uno entre los más sagaces y realistas observadores de la realidad social que conociera la edad media. Lo que sucede es que no todos aciertan a alcanzar a entender,

por encima del fárrago de los lugares comunes de la bullanguera erudición de fáciles acopios, la maestría con que su mano de príncipe de las inteligencias supo armonizar idealismo y realismo, gracias a su genio aparentemente volcánico y desordenado, pero en el fondo clásicamente mediterráneo.

Las ideas rápidamente apuntadas acerca de la comunidad política valen también para la comunidad general que es la cristiandad, que Llull, de acuerdo con el común sentir del medievo, ordena alrededor de los dos ejes pontificio e imperial. El objetivo final es el mismo de las comunidades humanas: la paz. Una paz que no implica pasividad monótona de diaria subsistencia; sino paz de la que yo he dado en llamar Cristiandad dinámica, actividad de cruzada misionera, paz que se reduce a requisito indispensable para la puesta en práctica de los proyectos ramonianos de expansión de la fe de Cristo.

Pese a las acusaciones de Nicolás Eymerich, no cabe poner en tela de duda la fiel devoción del beato Ramón a la sede romana, ni su respeto hacia el clero. En el tomo II de las viejas «*Vindiciae Lullianae*» del batallador y erudito cisterciense Antonio Raimundo Pasqual hay arsenal de pruebas bien sabidas, para contraponer las posturas del gran Barbaflorida a las actitudes de los beguinos e iluminados de la época. En la ordenación de la corte pontificia estatuida por el papa Blanquerna hay nada menos que tres cardenales dedicados a la vigilancia de la disciplina canónica; más del mismo interés que pone en vigilar la disciplina eclesiástica y en el cumplimiento de las normas canónicas sobre la conducta de los clérigos, demuestra su preocupación benévola, orientada a la reforma y no a la supresión de las instituciones eclesiásticas. Y la misma «*Blanquerna*», la gran ilusión proyectada hasta los más menudos extremos, ¿qué es en definitiva sino el programa de reforma más ideal, más mesurado, más bello y más oportuno que cabía concebir en los ásperos años del medievo?

Más aún. En Llull lo imperial se borra hasta el extremo de que, a diferencia de las elucubraciones dantescas, el emperador es un príncipe en sus estados igual que el rey en sus reinos. Reino o imperio no tienen sino leves diferencias de matiz y lo que se dice del uno vale por el otro. Cuando Llull habla del emperador o del príncipe se refiere en ambos casos a lo mismo: al poder gobernante de una comunidad. Todo el brillo de la tradición romana, que en Italia permanecía lo suficientemente vivo para mover la pluma del Alighieri, cede delante de las realidades que por aquellos años elevaban la bandera doctrinal los juristas de Felipe el Hermoso. Y no es que Llull niegue utópicamente la efectividad del papel del poder político, porque eso sería salirse de la realidad, e insisto una vez más en que el santo mallorquín es escritor sobremanera realista; por eso no prescinde de la «potestas» gubernamental al bosquejar su universal comunidad ideal. Lo que acontece es que dentro del poder político equipara al emperador con los príncipes, precisamente porque su realismo le impulsaba a hacerse eco de las realidades históricas y de la transformación que en este punto significa el recodo de 1300.

Por eso, reducido el emperador a un príncipe más, la cristiandad debe ordenarse en torno al árbol apostólico, a la única jerarquía universal que resta: al pontificado. No me parece a mí por eso muy exacta la opinión de Ferrán Valls i Taberner al sostener en *«La Societat de les Nacions i les idees de comunitat internacional en els antics autors catalans»*, publicada en Barcelona en 1925, que Llull considera al papa como heredero del imperio; lo que a mi juicio sucede es que Llull comprendió la realidad ambiente y la reducción del imperio a un principado más, con lo cual sustituye el arcaico concepto imperial por una visión nueva de la cristiandad. Y como en la cristiandad los lazos que unen a los pueblos cristianos son de comunidad de fe y no de sometimiento a una potestad seglar, al ser el papa el símbolo de la unidad dogmática, queda por único punto de referencia de la nueva situación europea. No cabe hablar, por ende, de un imperio papal en Llull; sí de una cristiandad que el papa rige. No



hay en su obra el sello de la evocación romana, empero el realismo del momento al servicio de su idealismo misionero.

A lo que se debe haga del papa, en contraste con el Dante y demás tratadistas gibelinos, la primera figura de la cristiandad. No comparte nada con el emperador, porque, dicho en términos dantescos, la única esfera será la espiritual; pero sin repercusiones políticas, como quisieran los güelfos, pues la función del papa es espiritual y no política, asunto propio de los principes seglares, entre los cuales se cuenta el emperador. Al reducir al pontificado a su ámbito espiritual y al reconocer la multiplicidad de poderes civiles, la doctrina luliana ofrece un ejemplo de pasmosa novedad y de prodigioso realismo, siendo éste, a mi manera de ver, uno de sus aspectos más originales.

Cierto que el papa es lugarteniente de Dios en la tierra, pero en las cosas espirituales. En lugar de colocarle en el puesto que antes ocupó el emperador, cual hicieran los clásicos tratadistas del sol pontifical, le reduce a su verdadero ámbito espiritual y a su misión de jefe de la cristiandad, nunca de señor del imperio.

Así veo yo el significado de la «*Blanquerna*» de esa magnífica historia tan llena de sales críticas y de emociones religiosas, mezcladas en el agrisulce de un exquisito sabor literario y doctrinal. Obrá vigorosa de estilo, rica en donaires, fervorosa en sentires, luminosa en ideas y fecunda en soluciones; libro maravilloso por lo que dice y por lo que trasluce, por la pasión rendida al cerco de la humildad y por el entusiasmo que el respeto frena, como no hay otro en ninguna de las literaturas europeas; doloroso a veces y a veces alegre, con tristeza y alegría tan sinceras y candorosas que su misma aparente sencillez ha hecho olvidar su altísimo valor en la historia del pensamiento político: ser el libro en que por primera vez se traza con firme rigor técnico la estampa de la cristiandad que en la baja edad media heredaré al imperio. No es de extrañar que un investigador alemán, Martín Honecker, haya encontrado muchos puntos de contacto entre las ideas de Llull y las que en el siglo xv formula Nicolás de Cusa, porque tan profundo fué el realismo del maestro mallorquín que alcanzó a trazar una visión panorámica del

proceso del tránsito del impero a la cristiandad cuando ese proceso comenzaba, al paso que el Cusano lo veía cuando estaba casi completamente verificado.

Lo importante es que la Cristiandad del mártir de Mallorca es ansia de afanes misioneros, flecha marcada en el arco de sus tensiones religiosas, cruzada de aventureros a lo divino presididos por un «bellator rex», ilusión de aquel Ramón lo foll que ungió de amor los caminos de la vida y dejó tras de sí la huella de su fe de Iluminado. Que sea dinámica, cara a la misión y a la conquista cspiritual, la cristiandad de Lulio motiva otro de los florones, ¡otro más entre tantos! de que se nimba la aureola incomparable de su gloria de pensador y de héroe, en el sentido etimológico de la veneración ancestral de los *èpoí* de la Héléade clásica y mediterránea.

Ocasión será en el día de mañana, Dios mediante, de coronar esta línea crítica del pensar luliano, señalando como coincide con las máximas de libertad consubstanciales al pensamiento político catalán de la edad media. Dejemos ya por hoy a un lado la argamasa firmísima de sus medidas construcciones lógicas y volvámoslos hacia aquello que en él más sugestiona y más se hunde con dulce alegría de doloroso reencuentro en las entrañas más íntimas del alma: hacia su apasionado asirse a las criaturas para buscar en ellas peldaños de admiración para el Creador. A Dios pido que, al dejar estas tierras de delicia acogedora y suave, sea siempre su figura de zarza incandescente del amor de Cristo, odre de rudezas medievass henchido del más dulce de los vinos clásicos de este suelo del olivo, de la vid y de la palmera, la sombra cuyas alas de luz alumbren mis inquietudes propias, unas inquietudes que bien quisiera fuesen cera que moldear en los moldes de sus anchuras mágicas de dulce Doctor Iluminado.

### III

## Las tres corrientes secundarias.—Valoración crítica del pensamiento político mallorquín medieval

(Miércoles 5 enero 1949)

Señores:

Al terminar la conferencia de ayer, un espíritu poderoso pasó sus alas gigantescas rozando con ellas la algarabía confusa de nuestras imaginaciones. Había pasado Ramón Llull y cuando el genio pasa, la pequeñez de los humanos anonadada queda en el abismo de los límites de la humanidad. No es de extrañar, por eso, que las figuras de que hoy vamos a ocuparnos no constituyan un tan galano cortejo como a primera vista mereciera el asombro de nuestros ojos, ni sean tan gallardas las ideas de estos pensadores como lo parecieran de considerarlos aisladamente. Es que después de Llull todo es pequeño. Donde él estuvo, sólo los reyes entran. Y la especie de los reyes es muy contada en el bloque general de los humanos.

Con todo ello, los escritores a que vamos a hacer referencia agrupan sus plumas en una esfera bien sabida en la edad media: la de los moralistas, de tanto empuje en el conjunto del pensamiento político catalán medieval. Sin mengua de la triple diferenciación de sus fuentes ideológicas o de los panoramas espirituales en los que solazan sus miradas de curiosos de la moralización política, hay entre ellos una indudable afinidad. No resulta en demasía arbitrario, aunque confieso que cierta arbitrariedad hay en el modo lógico, uncir al mismo yugo problemático hombres de aspecto y obra tan diversos. En el fondo es la misma razón que me impelía en mi historia general del pensamiento catalán medievo a atar bajo la propia coyunda al hipócrita y renegado Turmeda con el patriarca infante don Juan de Aragón, siempre transido de citas bíblicas; al simbolismo dantesco de fray Joan Pascual con la manera caballeresca

de Pedro March; al pragmatismo político del anónimo aconsejador valenciano con el tomismo lírico de otro March, de Ausías; a la sátira a lo erudito de Bernat Metge con el extremado realismo de Jaume Puig; a lo ovidiano de Joan Roig de Corella con el alborear renacentista del grupo poético del Turia; a la oratoria rotunda de San Vicente Ferrer con el preciosismo un tanto barroco, si vale la comparación por encima del anacronismo, de fray Marcos de Montserrat; gentes, en suma, de estilos contrapuestos, de mentalidades variadas, de gustos distintos y de vida disparísima, que van exponiendo, cada uno a su manera, las múltiples maneras de una temática moralista en la que las cuestiones cobran planteamiento nuevo a cada autor que toca estos sabidos puntos de la moral y el buen consejo.

Porque en todo este ramal de la literatura catalana, con ser tanta la gama de perspectivas, es una, sin embargo, la preocupación común: aconsejar la vida recta, la práctica de las virtudes, la justa convivencia, hija legítima de la paz política. Por debajo de la aparente heterogeneidad del discurso, hija de las circunstancias de cada uno de estos escritores, alienta una profunda trabazón en el cuestionario que justifica la actitud tomada. No importa que tras los dichos de Turmeda asome la burlona carátula del hipócrita, ni que en la lírica usual de Ausías March o de Jaume Roig el desengaño moralizador se armonice con la vital pasión sensual o con la realidad cotidiana del padre de prole numerosa; tanta aspiración moralizadora encierran los versos alados del *Spill de les dones* como las consideraciones amazacotadas del mallorquín Lluís Pax; lo que sucede es que unos adoctrinan mostrando el mal y sus peligros, mientras que otros, ajenos a la vida y dados solamente a los libros, se reducen a cosechar doctos decires de sabios varones duchos en moral.

En ambos casos respondiendo a fuentes diferentes. Aunque todos están influidos por la oleada cultural que idolatra las formas itálicas y los saberes de la docta antigüedad, no es muy difícil separar el grado en que cada uno acoge también la vigo-

rosa voz de la experiencia. Matices notablemente claros acusan la orientación vital de cada uno, pero sin que por ello alteren la línea general que acople los moralistas del Cataluña medievo con la magna corriente del gusto prehumanista por lo clásico. Oradores parlamentarios, poetas líricos, novelistas y tratadistas de moral tienen en ello un nuevo rasgo común que añadir a la semejanza temática.

Aunque sin duda no se den con fuerza igual las motivaciones sugeridoras del clasicismo antiguo. De los tres mallorquines, cuya estela ideológica nos interesa hoy, cabe hacer tres directrices separadas en razón precisamente de sus dispares matices clasicistas. Lluís Pax aventa un clasicismo de segunda o cuarta mano, bebido en centones y acoplado a retazos de tijera mental de lector cuidadoso. Anselmo de Turmeda sabe lo antiguo a través del cauce árabe, y así también su posible clasicismo queda sujeto al azar de las transmisiones orientales y llega a sus manos tamizado en la criba de los hijos del levante mediterráneo. Únicamente con Fernando Valentín entra Mallorca de lleno en la caudalosa corriente del renacimiento directo de los sabores antiguos, bien que aún así solamente estemos delante de fuentes más depuradas, nunca del hontanar prístino de lo clásico; delante de cuidadosas manos itálicas enamoradas de lo antiguo, mas no de la desnuda gracia de las estatuas y de las frases griegas.

Tal vez fuera preciso traer ahora a colación las obras de traducción que tallan en lengua catalana los dichos de los antiguos sin ninguna aportación original. En la recepción de las innovaciones dantescas, preludio clásico en definitiva, las etapas asimiladoras comienzan por la meritoria traducción literal que de la *Divina Comedia* llevara a dichoso término Andreu Febrer, en 1429, «no menguando punto en el orden de metrificar e consonar», por repetir el laudatorio y justísimo juicio del marqués de Santillana; esto sin olvidar que por aquellos años el simbolismo eticista del Alighieri penetraba la pluma moralista con que fray Juan Pascual construía sus monumentales *Summas* alegóricas.

Sin embargo, la mejor introducción sería anotar la paulatina introducción de los libros clásicos en la tabla de las versiones. Hacia el recodo del 1400 el incansable dominico fray Antonio Canals, que ya en 1395 había enderezado al cardenal de Valencia don Jaime de Aragón su traducción de los *Dits e fets memorables* del Valerio Máximo, dedica a otra autoridad valenciana, al gobernador Ramón Boil, el *De Providentia* de Séneca, puesto en limpia prosa levantina. Años atrás Antonio Vilaragut ponía en catalán las tragedias senequistas, reinando don Martín el franciscano Nicolás Quiles traslada el *De officiis* ciceroniano, y, siguiendo sus huellas, el afamado autor del *Raonament entre Francesc Alegre i Sperança*, Francisco Alegre, modela en giros catalanes las *Metamórfosis* de Ovidio; Fernando Valentín, de quien nos ocuparemos luego más al detalle, sabe unir al lulismo las *Paradojas* ciceronianas en 1445; el año 1403 vió en romance la *Consolació de filosofia* de Boecio, sea por mano de fray Antonio Ginebreda, sea por la de fray Pere Sapllana; un caballero que vivía a orillas del Turia da también por entonces la *Historia de Alejandro*, sacada de Quinto Curcio, que es la más tarde impresa en 1491...

¿A qué seguir? No quiero fatigaros más con farragosas listas de detalles. Básteme con señalar una tendencia y ésta está ya marcada de sobra con lo dicho. Trátase de la corriente moralizadora nueva, cada día más pujante en el mundo catalán a medida que avanzaban los días del otoño medieval y que culminará en nuestra consideración de estudiosos del pensamiento político mallorquín con la obra de Ferràn Valentí que apunta una de las tres tendencias de que hemos de ocuparnos hoy.

A la vera de esta línea, no menor en el vigoroso brío ni en la aceptación de las gentes, se da la corriente moralizadora al uso del medievo propiamente dicho, asimismo manifestada en numerosas traducciones. He aquí algunas, traídas no más que para acusar con otra lista de libros ambientados en este gusto literario cómo no escasean los amigos de la forma árida del moralismo cristiano. El *Modus bene vivendi* de San Bernardo es vertido, uno a uno de sus setenta y cinco capítulos, por fray

Antonio Canals, bajo el título de *Carta de San Bernardo, a su germana*; Miquel Peres dedica, a sor Isabel de Villena, su traslación del renombrado *De imitatione Christi* de Tomás Kempis, iniciando con ello la serie de traducciones de esta obrita, en una empresa que repetirán, que yo sepa, el padre Pedro Gil, en 1621; Pedro Bonaura, en 1697; Jerónimo Pi en, 1845; Thos y Codina, en 1894; Gaetano Soler, en 1904. En 1340, Bernardo Oller, aclaraba ya los *Diálogos* atribuidos a San Gregorio; en el mismo siglo xiv Pedro IV pudo leer el *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais en lengua catalana; anónimos desconocidos repetían en vulgar el *Secretus Secretorum* atribuido a Aristóteles, la colección de consejos conocida por el *Libro de Catón* y el *Speculum* de Hugo de San Víctor; a finales del siglo xv estampa Pedro Pons, en Barcelona, cierta traducción de preguntas y respuestas referidas a San Alberto Magno y tituladas *Quesits*.....

Tampoco es necesario prolongar la enumeración, porque con lo dicho queda bien patente la existencia de otra corriente, menos jugosa si se quiere en lo formal, pero reciamente rica de contenido temático, que se conforma con el giro de la entraña ideológica de la edad media.

El caso es que lentamente, mas con seguro pulso ascencional, se iba produciendo también en Cataluña ese proceso de ósmosis cultural característico de la baja edad media europea y que insensiblemente va encendiendo en los ojos de los hombres de aquella edad la iluminada ilusión del mundo viejo, apenas intuido entre recuerdos y fragmentarias añoranzas.

No estará de más agregar, pese a la premura de estas consideraciones previas, que la tónica predominante entre los moralistas catalanes mana de la *Summa theologica* de Santo Tomás de Aquino. San Vicente Ferrer la extiende por los campos en alas de su verbo prodigioso; Ausías March la traslada casi letra a letra en la florida exégesis de sus cantos; Joan Roig de Corella la lleva a la prosa ligera; Juan Moreno a la poesía festiva; Luís Pax a la serena consideración. Fué tanta la avasalladora fuerza con que la precisa línea del pensar aquinatense se imponía, que aparte la dirección cabelleresca que culmina en

la sátira burguesa del *Tirant lo Blanch*, solamente de Jaume Roig cabe decir que se acomoda a la tendencia del moralismo sobre bases franciscanas aun en un medio cultural tan propicio al franciscanismo como la tierra de los Llull, de los Eximenis, de los Arnaldo y de fray Pedro de Aragón. Al lado de la orientación tomista, las demás aparecen menguadas en el número y en la intensidad, e incluso influídas sobremanera por ella al tomar rumbos distintos.

La manera de moralizar caballeresca tiene dos modos: el simbolismo directo, reflejo poético y vulgar del serio eticismo de las escuelas, de que es nombre típico Pedro March al referir las virtudes a las piezas del arnés en su poemita *El arnés del caballero*; y el adoctrinamiento a contrapelo, por la ridiculización de los tipos viciosos y la exageración caricaturesca que mueve a la burla del mal, cual a mi entender debe ser la interpretación del *Tirant lo Blanch*, la más desenfadada, obscena y cruda crítica que quepa concebir de la moral palaciega retratada con pinceles maestros.

El simbolismo dantesco en Cataluña marca una línea que va de fray Juan Pascual a Hugo de Rocaberti; afirmándose especialmente en las maneras en que el primero abre las valvas de su concha intelectual para exponer a la luz de la posteridad el rico joyel de las perlas poéticas del Alighieri.

Tal es, señores, el cuadro general del moralismo político en la Cataluña medieval, y os ruego me dispenséis, en gracia a la riqueza del marco, la prolijidad cansina con que os lo tracé. Dentro de la inmensurable riqueza de la literatura política catalana medieval, tal vez la más rica entre todos los pueblos de Europa, los horizontes moralistas desgranar tan variada gama de facetas que por fuerza será siempre preciso molestar con su rápido despliegue la atención de los estudiosos, compensando la parameda árida de las exposiciones de esta guisa con la exuberancia de formas ideológicas y de nombres memorables.

Aparte de Ramón Llull, que por serlo todo, fué asimismo moralista, y uno entre los más, si es que no el mayor, adoctrinador político catalán, las tres corrientes que llamaré secundarias



en honor a la claridad de exposición y a la justicia del juicio, se ordenan del siguiente modo: el moralismo de gusto medievalista rancio de Luis Pax; la atracción oriental que deslumbra la vida y los pensamientos de Anselmo de Turmeda; y la invocación clasicista que de Italia venía y que alza los ojos lulianos de Fernando Valentí a la contemplación del saber viejo.

Enmarcadas ya en el cuadro general del pensamiento político catalán medieval, considerémoslas brevemente a cada una.

Luis Pax conoció la Mallorca del siglo xiv y de aquí pasó a las tierras aragonesas de la península para entrar al servicio del astuto Pedro el Ceremonioso. Fué en el afán diario del servicio de la secretaría real donde le brotó la idea de traducir en fórmulas de buen aconsejar lo que le parecía conveniente; mas, carente de talentos originales o machacón oficinista al fin y al cabo, dióle por reducir su experiencia a rasgos de lecturas hechas. Un modo de elegancia o, si preferís, de pedantería intelectual entonces bastante practicado.

Y así surgieron poco a poco, cansinamente, en el retoque diario del servicio regio, los cuarenta y un capítulos de su *Doctrina moral collida de diverses actes*, sacada a luz general en 1889 gracias a las diligencias de vuestro benemérito Gabriel Llabrés.

La *Doctrina moral* no desmerece al alguacilazgo con que Juan I premió sus largos servicios. Obra burda que pudiera servir de modelo para entender el medievalismo eticista, usa de los ribetes de clasicismo de tan desmañada traza y con tal despegue de los lugares donde caen, que apenas si dejan otra impresión que la de un pintoresquismo colorista.

En la *Doctrina Moral* lo clásico se adhiere al tema con la incomprensión de lo postizo. Abundan, sí, las citas de los clásicos, mas en elenco de erudición desarbolada. Todo se va en un revuelto desorden de pretenciosas referencias, como si el aventar palabras antiguas supusiese tener la ciencia antigua, como si la primera condición del clasicismo grecolatino fuese

otra que la de entender la belleza en el rigor platónico de la armoniosa proporción de las cosas varias.

Ved, por ejemplo, para atender este juicio mío, la manera en que demuestra Lluís Pax que la venganza no pertenece a los hombres, sino a Dios; no será otro su argumentar que la aportación inconexa de citas del *Deuteronomio*, de San Mateo, de Catón, de Séneca, de Pitágoras, de Aristóteles, de Periandro, de Terencio y de Sócrates. Ved, si no, su defensa de cuán conveniente sea la paz en el convivir de los humanos; Cicerón, Salomón, Aníbal, Séneca y otra vez Tulio, os darán la respuesta por boca suya. Ved todavía un tema más de nuestra materia: su teoría de la justicia; aquí os acumulará decires tomados de Esdras, de Valerio Máximo, de San Agustín y de Aristóteles, amén del inevitable príncipe de la oratoria romana, de su apogado Marco Tulio Cicerón.

Empero, además, considerándolo todo pintorescamente, sin ahondar en el meollo de los autores citados, sin molestarse en penetrar la médula de sus cogitaciones. Si Cicerón le gusta sobre todos será por el revuelo de su nombradía de orador, y ésta es la razón de que a todos lo prefiera. Cuando le enjuicie se verá el módulo de su postura en la índole de la loa: «*Marchus Tullius Cicero* —dirá, descubriendo sus temperos mentales— *consol de Roma, fo lo millor parlant del mon, e mestre de rethorica*».

Un tema, muy socorrido en la época y que campea en todas las literaturas del bajo medievo en facetas tan notorias que sería ofenderos bosquejarlas siquiera, el de la inestabilidad de la fortuna, le da pie para consideraciones políticas. Mas ni tampoco con tal ocasión florece en sus dedos la estrella de la originalidad. Nos dirá que es igual que la luna, que varía según capricho, que ni a todos eleva ni a todos abaja al mismo tiempo, que abarca a todas las criaturas. Pero nada más. Aquel realismo cerrado y pagano con que un Maquiavelo acertó a desasir de la consideración de la inestabilidad de las cosas la tensión romana y violenta de la personalidad activa; la trama firme con que al «*furore*» de la Fortuna adversa resistirá la «*virtú*» varonil del «*príncipe*» ideal; la contraposición del que hacer político a la variabilidad

de las cosas políticas; nada de este dejo paganizante del florentino secretario aparece aquí ni un punto. Cuando hable de virtud no excederá al plano ético y el vocablo conservará la significación general de la Escolástica; en lugar de asistir, como en Maquiavelo, al despliegue sin frenos de la potencia avasalladora del yo orgulloso que hace frente al curso de la historia, contemplamos por virtud los frenos a los apetitos del ser humano que traspasen los linderos de la dogmática moral del catolicismo practicante. Si hay algo profundamente medieval en Pax es precisamente éste su tenaz acoplamiento a la terminología y a los criterios del más puro estilo medieval.

No escasean los consejos adoctrinadores. Veamos algunos botones de muestra. He aquí cómo amonesta al juez: «Tots temps lo jutje deu seguir justícia e veritat, que sciencia sens justícia deu esser millor apellada malícia, que sciencia». Y he aquí lo que indica al rey: «Rey e justícia son germans e no pot durar la un menys de l'altre».

Mas en todo caso la presencia de semejantes doctrinas no alteran el cuño propio del libro. A fin de cuentas, la inestabilidad de las cosas fundadas en la fortuna, la moralización judicial, la necesidad de la justicia en la vida pública o la importancia de la razón para frenar las pasiones, son lugares comunes recogidos del pensar medio y expresados con desigual estilo. Ni siquiera algunas notas prácticas, cual, por ejemplo, la observación acerca de la facilidad que para vengarse encuentra quien sepa aguantar los golpes de la adversidad paciente y silenciosamente, bastan a cambiar el sino de la obra, su raigambre eticista sin deslices, la menguada originalidad de los escritos que lo fían todo al buen consejo.

A dos escritores peninsulares de lengua catalana cabría hacer referencia para calibrar la *Doctrina moral* de Lluís Pax. Uno de ellos, el franciscano gerundense obispo de Elna, Fray Francisco Eximenis, por las relativamente frecuentes referencias que a él se hacen; pero bien entendido que no al Francisco Eximenis teórico del iusconstitucionalismo aragonés a quien me refería antes de ayer, sino al mismo Francisco Eximenis en

otra faceta de su polifacética personalidad de escritor: al Eximenis moralizador de la *Doctrina compendiosa*.

El otro, por vía de cotejo, será el valenciano Francesc Carroç Pardo de la Casta, el autor de la *Moral consideració contra persuasions, vicis y forces d'amor*, parejo en la intención y el sentido a la *Doctrina moral*, pero mucho más inferior en la trama, uncida a las ejemplaridades de César y de Alejandro; en la endeblez argumental y en el acopio cultural; bien que orientado hacia idénticos luminare ciceronianos y dado a la coyuntura moralizadora.

Un tercer escritor a quien pudiera referirse, el judío Jahuda Bonsenyor, le sirvió de precedente y hasta diré que de base de partida. Mas la inspiración del *Llibre de paraules e dits* del escritor israelita no es suficiente para que venga a proyectar su débil huella de copista en moral materia, ni siquiera con emplear la dulce y docta lengua catalana.

Tal es, señores, a grandes rasgos dibujada, la primera línea secundaria del pensamiento político mallorquín medieval: un eticismo rigorista, una canalizada síntesis de ejemplaridades antiguas vistas en el semisueño del medievo que moría, un gusto por redactar obras en las que la originalidad desaparece tras la sucesiva reproducción de un fichero de lecturas para entonces eruditas. Desde la Mallorca del siglo xiv es el airón último de un espíritu cada vez más enteco y estrechado.

¡Qué salto más grande, señores, salto de abismos, es el que da la imaginación al pasar desde los recortados horizontes de la erudición deslumbrada de *Lluís Pax* a los ilimitados confines del cinismo desgarrado de fray Anselmo de Turmeda! La vía del contraste, al poner frente a frente tan contrarias cataduras, acusa una vez más la riquísima gama de matices que despliegan su abanico multicolor mediterráneo en espléndida demostración de las galanuras de la gente mallorquina.

Casi estoy tentado de reducir a vuestros ojos los datos de su retorcida biografía, para que la simple enumeración denote la

verdad de mis palabras. Nacido en la cuna dorada de esta isla hacia el año 1355 como hijo único de respetable familia, a los seis años sábese ya de corrido a la letra los Evangelios, dando señales de una viveza intelectual que le acompañará toda su vida. Profeso en las filas de San Francisco, estudiante en Lérida y por espacio de diez años en Bolonia, a los siete lustros de su vida apostata de su religión jurada y en premio de su apostasía obtiene la plaza de jefe de aduanas de Túnez, Ya Abdaláh-ben Abdaláh y privado del rey tunecino, sin abandonar nunca la idea del retorno a Mallorca, que algunos de sus escritos declara, termina, sin embargo, sus días entre mahometanos, mereciendo, incluso después de su muerte, ser venerado como santón del Islam. Vida movida, encontrada y dura, en la que se combinan las sales de la gracia personal con la despreocupada alternativa de credos e idearios; de tal manera mezclado todo, en tan abigarrada confusión de acciones y de escritos, que a no haber un Ramón Llull en Mallorca dijérase de él venía a ser exponente supremo de la inquietud íntima de la gente balear.

Casi es un Llull en pequeño, un *Anti-Llull*, como prefiere decir Lorenzo Ribes. Un Llull al revés, pasado de inquietudes divinas. Pero siempre, señores, y tengamos buen cuidado de no completar nunca con demasiada las comparaciones, sin que ni de cerca ni de lejos se acerque la pequeña colina turmediana a las excelsitudes himaláyicas del grande «Ramón lo foll».

Porque hasta pudiera tomarse por paradoja calificar a Anselmo de Turmeda, fraile apóstota, cínico si los ha habido, escéptico y burlador, traidor a todo en el vacío de su conciencia, entre los moralistas catalanes, ni aun siquiera dosificándole por receptor de las ideologías musulmanas. Y, sin embargo, es su tarea la de un escritor moralizador estimada desde nuestra consideración de historiador del pensamiento político; lo que sucede es que su moralismo no cuaja en doctas máximas de sesudas advertencias, empero en la burlona sonrisa con que proyecta sobre la realidad su ironía punzante para dar consejos sin darlos expresamente, en la negativa manera de descubrir defectos para inducir su evitación.

Hay en Anselmo de Turmeda mucho de eticismo a lo oriental, con la imaginación abierta al ilusionismo de los árabes, con el mismo sabor de apólogos e idéntico tono de religiosidad afectada; la despreocupación de aquel gran cínico renegado y ambicioso no se detiene ante el plagio literal, cobrando por su mano giros catalanes la *Doctrina dello Schiavo de Bari* en el *Llibre de bons amonestaments*, de creer a Marçal Oliver, y un trecho de la *Enciclopedia* de los Hermanos de la pureza en la *Disputa de l'ase*, según ha demostrado el maestro Asín Palacios, por más que disienta de su interpretación Agustín Calvet, a mi ver sin bases ciertas.

Hay, sí, en toda la producción de Turmeda el sello ineludible de su genio, que tanto difiere de la amonestación seria como del apólogo vulgar. La labor que lega es reflejo exacto de su vida, resultando poco menos que imposible separar al fraile franciscano del Abdallah ben-Abdallah, oficial de la corona tunecina. Lo que allá haya de moral es la sátira contra las costumbres de la época; sátira que tal vez calculó como llamada a la virtud, pero que resulta a la postre mero instrumento de su odio a las clases religiosas, odio de apóstata reconcentrado y fuerte, que concluye en la risa del indiferente en religión y en el flagelo del negador de las antiguas instituciones a que otrora perteneciera.

He aquí cómo censura a las órdenes religiosas, trocando en enemiga la acerba censura de los reformadores ortodoxos. Dice el Asno al propio Turmeda: «*Frare Anselm, així com vós sabeu, que des de la mort de sant Francesc, de sant Lluís de Marsella i de sant Antoni de Pàdua, qui foren fra menors, mai no s'és trobat en l'ordre un frare qui hagi estat sant, així mateix des de la mort de sant Domènec, de sant Tomàs d'Aquino i de sant Pere Màrtir, que foren frares predicadors, no s'est mai trobat en la dita ordre un frare qui hagi estat sant. I per no prolongar mi sermó i parlament, no cal parlar més de totes les altres ordres, ni de preveres i seculars, ni de llurs obres poc justes i encara menys bones. I no trobo al món cap diferència d'ells als homens mundans; sinó que els homens mundans només prenen una dona per muller, escrivint-li i prometent-li el contracte de maridatge i donant-li l'anell, i els*

*monjos en prenen tantes com en volen sense posar per escrit cap contracte ni donar anelles. I tals són els monjos especialment, i la major part de les monges i dones de religió».*

He leído este trecho un tanto largo, porque su lectura explica mejor que cualquier comentario mío la índole de la producción turmediana. No extrañará luego su posición enemiga y su consciencia de apóstata y polemista en defensa de las creencias del Islam. La condena de los siete pecados capitales brota por sí sola al narrar los sucesos con que caen en ellos los religiosos, algunos sacados de acontecimientos por Turmeda, sabidos con cierto tinte de realismo histórico, como el de las confesiones de Madona Tecla con el dominico tarraconense Joan Juliet.

Notaré, no obstante, que, a lo menos en la conocida versión catalana, nunca pasa de negar la divinidad de Cristo; en la polémica entablada por el asno para sostener a todo trance la superioridad de los animales sobre el hombre, solamente se rinde ante el argumento de que Cristo tomó figura humana y de que Elohim sujetó en el *Génesis* los animales al hombre mismo.

A la vera de este moralismo que aconseja el bien en la censura del mal, afloran en la obra de Turmeda determinadas ideas políticas. La observación de las agrupaciones como de animales le sugiere en seguida el paralelo con las comunidades humanas; en la *Disputa*, el asno demuestra al fraile que los animales saben gobernarse con justicia y régimen político de funcionarios, reyes, señores y vasallos, lo que prueba con los ejemplos de las abejas, avispa, hormigas, langostas y de los pájaros. Entre los animales, para Turmeda, el rey, que es el león, ha de ser el protector y defensor de todos.

El peor de los males políticos consiste en la división en partidos, que impide la paz y la prosperidad públicas; acudiendo a la *Biblia* y al *Evangelio*, al rey David, a Roma y a Génova, para probar que todo reino dividido en partidos está condenado a la ruina y a la desaparición:

*«Aquel sobiran doctor  
Jesuchrist, fill de Maria,  
dix vendría en error  
tot regne que divís sia».*

Y en otro lugar de las mismas *Cobles de la divisió del regne de Mallorca*:

«Per divís lo rei Daviu  
de Israel eixia.  
Lo llibre dels Reis ho diu,  
que a peu descalç fugia.  
De Roma la gran ciutat  
tenia en senyoria  
tot lo món, per unitat  
que en son poble havia,  
.  
.  
.  
per la gran divisió  
con lo noble Scipió  
la Cartaixa destruia».

Y luego:

«De Gènova la ciutat  
llur fet està en balança;  
car no hi ha humanitat  
ha'ls preses 'l rey de França».

A las veces parece asomar un eco dantesco al referirse a la apología de la unidad política con argumentos de la historia romana dignos de figurar en las páginas del *De monarchia*; pero en el fondo no se trata sino de una amonestación a la unidad que acaba con las sangrientas divisiones que asolan a su querida tierra de Mallorca, la isla del sol a la que tal vez sueña algún día retornar cuando, viejo ya, escribe esos versos el año 1423, contando cerca de los ochenta de su vida.

El remedio para los grandes males que la división política supone está en un gobierno aristocrático que Turmeda fundamenta en citas dichas aristotélicas y en el ejemplo bíblico de Salomón; en un aristocratismo muy de acuerdo con el feudalismo imperante en su tierra nativa, adoptando una postura grata a los paisanos que pudieran acogerle si volvía a Mallorca; mas en notorio contraste con su anterior modo de ensalzar la monarquía cuando escribía la *Disputa del asno* bajo el signo de los autócratas tunecinos. He aquí la defensa del gobierno de los mayores:



*«Pels grossos és gran raó  
 que l'estament regit sia.  
 Sapiats que Salamó,  
 en los temps que ell regia  
 als llocs de sa senyoria,  
 ordenà que los majors  
 haguessen sobre els menors  
 llur puxança e batllia.  
 Aristotil diu molt clàr:  
 «Estament que regit sia  
 per lo menut popular  
 vindrà a gran vilania».  
 E per ço elle reprenia  
 dels comuns lo regiment,  
 dient que molt excellent  
 és cell qui pels grans s'avia».*

Ya tenemos el consejo moral trocado ágilmente en aviso político. Pero en el trueque ha perdido desinterés en la mira del autor, quien no por ello abandona el escepticismo de todo y frente a todo que parece ser la sola savia de su vida espiritual. A la postre para él no queda más que la desnuda realidad de los humanos egoísmos, desenfrenados en choques de ambiciones, centrados al final en la escueta verdad del dinero. Con acentos dignos de la mueca tristemente pícara de Francisco de Quevedo, para Anselmo de Turmeda no existe otra realidad que el dinero, domeñador de papas y de reyes, de la honra de las mujeres y de las leyes de los hombres:

*«Diners, donchs, vulles aplegar.  
 Si els pots haver no els lleixs anar;  
 si molts n'hauràs poràs tornar  
 papa de Roma».*

Ése es todo Turmeda, con su cinismo lacerante, su falta de principios, su risotada brillante, su gesto inconfundiblemente burlón y su broma encendida como dardo untado de veneno. Ágil de cerebro y grácil de pluma, puso uno y otra al servicio

del medro en Berbería y de la ilusión de volver a morir viejo y tranquilo en la dorada isla que meció su cuna. Y sin embargo, con tanto desgarrado gesto cínico y tanta mentira inconsecuente, es la suya labor de moralista y de orientador político; eso sí, de un moralismo que cura los vicios sin enseñar la vía de las virtudes, con sólo mostrar las lacras que los acompañan. Es la suya la respuesta mallorquina a la llamada de los secretos orientales y supo servirla con toda la agudeza ínsita en su alma de desmelenadas ufanías. Por lo cual, áspera y enemiga, apuñalante y venenosa, con ser y todo sátira heterodosa de la sociedad cristiana, no por eso deja de concluir por ofrecer valor de reflexión moral.

Luis Pax miraba atrás, o si se quiere, hacia lo alto del pasado medieval; Anselmo de Turmeda ponía los ojos en el Oriente misterioso y seductor; Ferrán Valentí va a otear los recuerdos de abajo, con sólo tender la vista por la península hermana de levante.

La condición primordial de Fernando Valentín es la del humanista que estudió en la Italia nacarada de saberes viejos, allí reinantes como en parte alguna. Su maestro, el famoso Aretino, le vence con el irradiar de sus formas clasicistas vertidas en un latín cuyo preciosísimo hará a Lorenzo Valla denominar «asini» a los magnos sabios doctores de la Escolástica. Para el discípulo mallorquín tratase de un varón insigne, o, en sus palabras mismas, de un «home insigne, glória he honor de la lengua toscana». ¿Porqué? Simplemente por devociones de admirador humanista, borracho del culto de los giros elegantes de la latinidad que renacía. En el *Pròleg* a su traducción de las supuestas *Paradojas* ciceronianas por el que le recordamos aquí hoy, nos declara paladinamente que su admiración hacia el de Arezzo reside en sus portentosas condiciones de traductor del griego al latín de un manojo de obras consagradas del acervo helénico: la *tica*, *Polí Ética* y *Económica* del Estagirita y el *Fedon* platónico.

Dígase, sin embargo, que acá vino el gusto clásico sin mengua para la tradición luliana que es solaz y timbre inmarcesible de glorias para la gente balear. Las palabras de Fernando Valentín en el propio prólogo atestiguan como en su pecho alentaba plena de fervores la devoción a aquel que para él era el maestro de los maestros, Ramón Llull. Lo dice claramente al acordarse de aquel quien era «lum, glòria he honor de la gran illa Balear, doctor he maestro sobre tots les altres, mestre Ramon Llull».

De este modo el pañal clasicista de la Italia renaciente venía a verter sus mieles en la áurea bandeja recamada de primores que festejó la grandeza cogitativa de las *Artès* y el ensueño apasionado de los desvelos sobre la cumbre del monte Randa.

Ya es hora de resumir brevemente, señores míos, las notas que vuestra benevolencia me ha permitido ir deshojando durante tres tardes delante de vuestra docta consideración.

El pensamiento político catalán medieval se orienta en cuatro grandes direcciones: Primera, la avasalladora gracia sistemática de Raimundo Lulio, varón a lo divino y además trágicamente humano, unamunesco personaje que supo —a diferencia de tantas filosofías ciegas del existencialismo en boga— orientar sus andaduras vitales por todos los pasos de la grandeza, del saber y de la gloria; autor de un sistema donde caben todos los problemas y tienen salida todas las preguntas, porque en la universal posibilidad de su aplastante lógica se insertan los temas políticos como una parte más, casi diré cual el cogollo, de sus árboles gigantescos de saber. Segunda, la a su lado harto mezquina temática eticista de Lluís Pax, teñida de resabios y gustos del oportunismo erudito que moría al primer soplo del clasicismo itálico renovador. Tercera, la arrastrante obsesión orientalista, mejor diría arábica, de Anselmo de Turmeda, figura contrahecha de las grandezas lulianas, música del momento y moralismo saltarín, no por eso menos digno de nuestra consideración como político; Y cuarta, la alada insinua-

ción de las gracias redivivas, que Fernando Valentín anudó con hilo de oro a la generosa tradición luliana de su pueblo.

Estas cuatro corrientes se insertan en dos instantes del opulento pensamiento político medieval catalán. De un lado en la hoguera inmensa de Llull, cuyo fuego prendió a todo lo ancho del mundo catalán en una tan larga lista de reflejos que ni es posible anunciarla aquí. De otra parte en la tendencia moralista, manojo que a mi ver agrupa personajes de catadura mental muy distinta, según razoné al principio de esta tercera conferencia. Es en estos dos campos, no en el de la historia, ni en el de la lírica, ni en el de las construcciones eruditas, donde se guarda la aportación mallorquina al pensamiento político catalán de los siglos medios. Si hoy tuviera que completar mi juicio extendiéndolo a la edad moderna, habría sin duda de rectificarlo, que no en balde aquí mecieron sus cunas un Quadrado, un Alcové, un Costa y Llobera; pero en lo que toca a los siglos medios, tal juicio me parece lleno de certeza.

Para atender a la importancia del pensamiento político mallorquín medieval en relación al de todos los pueblos hispánicos, es preciso encerrarse en la tabla de las influencias lulianas sobre los escritores de los pueblos hermanos, esto es, acudir a venero inagotable de la gente balear que es la sombra augusta de Ramón. Ya aclaré algunos aspectos de sus repercusiones en *O leal conselheiro* de Don Duarte y en otros escritos portugueses de la época, estoy cierto que mis actuales investigaciones acerca del pensamiento castellano medieval me permitirán precisar conexiones, por otros apuntadas, pero que yo no afirmo con exactitud de contornos hasta tanto que haya estrujado el problema entre mis manos de estudioso.

Finalmente, la aportación respecto a la marcha general del pensamiento político europeo aborda también a una orla del manto ideológico del Doctor Iluminado. Y así como la herencia política de Cataluña vimos el primer día consistir en haber aportado por primera vez el concepto de libertad política y la noción de que la comunidad debe componerse de un conjunto de hombres libres, también la suprema aportación del pensa-

miento político balear consiste en la dignificación cristiana del ser humano mediante la extraordinaria idea lulista de la cruzada,

Llull es ante todo un misionero. Nos tiene acostumbrado en sus escritos, como por ejemplo en el *Libro de los cinco sabios*, a que baste la discusión de los problemas religiosos para abrir brechas en la fe del muslim, ya que el estudio de la filosofía le había conmovido los cimientos de la fe en Mahoma. El beato Ramón quiere aprovechar la filosofía como ariete para batir los muros del dogma islámico, y es en esta postura intelectual y misionera donde hay que buscar la clave de su actitud.

Confía, a fuer de catalán, en el hombre, transido como estaba de aquel humanismo, en definitiva de la más pura solera clásica y mediterránea, decantación de civilizaciones milenarias que tan bien se percibe en estas islas. Por eso su misión enderezada a convencer y no a vencer, rica de argumentos y renunciadora a las imposiciones violentas, se ciñe a demostrarles la fe, en la certeza de que la razón humana tiene virtud bastante para aceptar voluntariamente la verdad de Cristo Y así toda su obra, exuberante y multiforme, se dirige a presentar la fe «*per força d'argument*», como genialmente se dice en *El desconhort*; y así sus libros tienen sin excepción en aras de este afán misional enderezado a seres libres y racionales, a «*que'ls serrahins ne pusca hom confondre, mostrant'los la error en que son e donant'los doctrina de nostra santa fe xristiana*», cual leemos insuperablemente expresado en la dulce *Art amativa*, editada con tanta excelencia por el maestro Mossén Salvador Galmés.

Ramón Llull postula, empleemos su lenguaje incomparable, una paz sensual y material, para que sea posible la guerra intelectual de donde la verdad cristiana saldrá resplandeciente. Hay un trecho en el tomo IV del *Llibre de contemplació* que es lo más genial entre tantas cosas geniales como en el «opus» luliano hay. Aquel en donde reclama paz política con los mahometanos para que la fe, libremente discutida, impere triunfalmente por los caminos de la discusión, únicos apeteci-

bles para una pluma verdaderamente catalana. «*Mas com los cristians —son sus palabras de diamantes— Senyer, no an pau sensualment ab los sarrains, per assò nò's gosen esputar en la fe ab ells com son enfre ells; mas si avien pau sensualment e podien los uns esputar ab los altres de la fe sens guerra sensual, adoncs seria possibel cosa que'ls crestians endressasen e illuminasen los sarrayns a via de veritat per gracia de Sant Espirit*».

Salvo el caso de los Santos lugares, razón de dignidad ultrajada para el caballero que siempre Llull fué, la guerra con el infiel ha de tener un solo fin: permitir la predicación de la verdad cristiana. Para el bendito Ramón, esto bastaba; la razón humana catalanamente estimada y la gracia de Dios católicamente esperada, darían de sí todo lo demás en cosecha de conversos.

Ahí está la herencia espiritual del pueblo mallorquín en los siglos medios; en esta enseñanza luminosa, genial, para entonces única, de aquel Ramón, loco al decir de las gentes y sabio al entender de Dios. Sus obras son como una inmensa floresta de árboles seculares, por cuyos troncos corre savia de vida nutricia, cuyas hojas abrigán las flores de verdad más bellas que la humanidad merece y cuyos frutos manan mieles de interior contento.

Desde el bosque de los árboles mediterráneos que Llull plantara contemplo ya la cultura humana con ojos de encandilado lulismo. No sé si es el halago de la tierra suya, plástica a la retina con todas las iricaciones del color y todos los encantos del ensueño; no sé si es la memoria de sus libros de lectura difícil, pero luego de tan gozoso aprendizaje; no sé si es la seducción conjunta de esta salva de amores donde posa la planta del Amado en el otoño decadente de la civilización occidental que es nuestra hora. Solamente sé que desde el bosque balear de los lulianos árboles mediterráneos, invadido de las éticas sensaciones que cantó Costa y Llobera, lejos horacianamente de los ajetreos diarios de mis días usuales, bebiendo

la miel de los decires lulianos, siento que es más pausado el andar de la sangre por mis venas y menos trágico el signo de los hombres de mi generación. En la calma dichosa suya, encuentro yo la propia calma mía; en su fe, las razones de mi fe; en su tempero a lo divino, la vara que mida mis imperfecciones demasiado humanas. Al traerme entre vosotros, con vuestro abrazo de hermandad habéis donado generosidad a mi alma. Dios haga, señores, que en lo sucesivo acierte a corresponderos a este regalo de paz espiritual y crezca entre vosotros, no cual arbolillo que troncha la primera resaca, sino como el pino de Formentor majestuoso que

*«del llim d'aquesta terra sa vida no sustenta;  
revincla per les roques sa poderosa rel,  
té pluges i rosades i vents i llum ardenta,  
i, com un vell profeta, rep vida s'alimenta  
de les amors del cel».*

# CURSUS ACADEMICUS 1948-1949

## INGRESSI SUNT IN SCHOLAM NOSTRAM

Nomen	Ingressus die	Categoria	Directio postalis
Dr. Franciscus Elias de Tejada & Spínola, <i>Cathedricus Philosophiae Iuris, Universitatis Salmanticens.</i>	19-X-1948	Magister	Nuñez de Balboa, 14. – <i>Madrid.</i>
Dr. Raimundus Sugranyes de Franch, <i>Prof. Universitatis Friburgensis in Helvetia, Secret. Gen. «Union Internat. des Intellectuels Catholiques» &amp; «Pacis Romanæ».</i>	19-X-1948	Professor	«Pax Romana» Mouvement Internat. des Intellectuels Catholiques. – Cité Universitaire, <i>Friburg (Suiza).</i>
Rvms. P. Iosephus Sabater Mut, <i>Prof. Philosophiae in Coll. B. M. V. de Montesion, Societatis Iesu.</i>	19-X-1948	Professor	Colegio de Montesión. – Calle de Montesión, 53. <i>Palma de Mallorca.</i>
Dr. Firminius de Urmeneta & Cervera, <i>Prof. in Fac. Phil. Universitatis Barcinonen.</i>	19-X-1948	Professor	Caspe, 78-2.º-1.ª. – <i>Barcelona.</i>
Rvms. P. Fr. Ioannes Odoardi, <i>e Fac. Theologica, in Urbe. O. M. Convent.</i>	31-III-1949	Professor	Via S. Teodoro, 42. – <i>Roma (Italia).</i>
Dr. Ignatius Ribas, <i>Cathedricus Chimicae Org. Universitatis Compostellanae.</i>	31-III-1949	Professor Corr.	Universidad, Facultad de Ciencias. – <i>Santiago de Compostela (España).</i>



## Sessiones academicæ publicæ

*Die 3.<sup>a</sup> januarii a. 1949:* Receptio Academica Honor. Magistri Dris. Francisci Elias de Tejada & Spinola, Cathedratici Philosophiæ Iuris in Alma Universitate Salmanticensi.

Recipiendarius *memoriam fecit* Dris. Jacobi Algarra & Positius, Decani Fac. Iuris Universitatis Barcinonensis, Magistri Scholæ, qui decessus die 3 martii a. 1948 (in pace vivat).

*Legit* «El transfondo catalán y pensamiento político mallorquín medieval: a) Evolución del Pensamiento Catalán y lugares que ocupan en ella los Pensadores mallorquines. b) Las conquistas ideológicas de la Cataluña medieval. c) Cuatro direcciones del Pensamiento político balear medieval».

*Responsor:* Honor. Magister Joseph Ensenyat & Alemany.

*Die 13.<sup>a</sup> aprilis, a. 1949:* Receptio Academica Revmi. P. Josephi Sabater & Mut, Prof. Philosophiæ in Coll. B. M. V. de Monte-Sion, Societatis Iesu.

Recipiendarius *memoriam fecit* Revmi P. Josephi de Guibert, Prof. in Pont. Universitate Gregoriana de Urbe, decessus die 24.<sup>a</sup> martii a. 1942 (in pace vivat).

*Legit:* «Los Jesuitas y el Lulismo. Ramón Llull e Ignacio de Loyola. Características biológicas y comunidad de ideas ascéticas y místicas».

*Responsor:* Perillustris Dr. Sebastianus Garcias Palou, canonicus, Scholæ Magister.

## ANNUS SCHOLASTICUS 1948-1949

VI CURRICULUM UNIVERSITARIUM: 21 dec. 1948 - 6 ianuar, 1949.

1.<sup>a</sup> Pars. *De re biographica lulliana*. PROFESSOR: Rev. D. Bartholomæus Guasp. *Legit: Facta characterologica lulliana*.

PROFESSOR: P. Fr. Raphael Ginard Bauçà. *Legit: Historia Randinensis et confin. Montis Lulliani*.

2.<sup>a</sup> Pars. *Mens politica mediaevalis speciatim maioricen., uti pars mentis catalanicæ, eiusdemque transcendentia hispanica & europaea.*

PROFESSOR: Ilms. Dr. Franciscus Elias de Tejada, Cathedra-  
ticus Historiae Iuris Almae Universitatis Salmanticensis.

II CURRICULUM MONOGRAPHICUM AESTHETICES.  
*Mens. ianuarii & februarii a. 1949.*

Tema: *Aesthetica seu Philosophi a rei pulchræ.*

PROFESSOR: D. Iosephus Ensenyat Alemany.

II CURRICULUM MONOGRAPHICUM LITTERATURAE  
CATALANICAE. *Mens. ianuar. februar. & martii a. 1949.*

Tema: *Introductio in studium criticum historicum Litteraturæ catalanicæ.*

PROFESSOR: Dr. D. Guilielmus Colom Ferrà.

ANALITICA: *Primum Curriculum Grammaticæ Catalanicæ.*  
*Mens. nov. & decembris a. 1949.*

PROFESSOR: D. Franciscus de Borja Moll.

*Secundum Curriculum Grammaticæ Catalanicæ. Mens. maii  
junii 1949.*

PROFESSOR: D. Franciscus de Borja Moll.

### «Agrupació d'Amics de la Poesia»

Hæc filialis nostra «Agrupació d'Amics de la Poesia» VII ses-  
siones habuit a. 1948; quorum prima in memoriam dilectissimi  
Caroli Cardó. Poetæ vero qui rovas legere poeses, fuerunt:  
Iosephus M.<sup>a</sup> Tous & Maroto (*in pace vivat*), Aemilius Roca,  
Laurentius Moyà Gilabert de la Portella, Michael Gayà, Rusticus  
Silviger. Insuper Guilielmus Colom. legit primitias poematis  
«*El Comte Mal*».

Anno vero 1949, VII habuit lecturas, quarum prima in  
memoriam Joannis Alcover Maspons. Poetæ vero qui novas  
legere poeses, fuerunt: Fr. Raphael Ginard Bauçà; Bartholo-  
mæus Guasp, Guilielmus Colom, Michael Gayà, Laurentius  
Moyà Gilabert de la Portella. Item Fr. Raphael Ginard legit  
primicias sui «Cançoner de Mallorca» nuperrime laureati.

# CURSUS ACADEMICUS 1949-1950

## LECTIONES SCHOLARES

### VII CURRICULUM UNIVERSITARIUM (*lingua hispanica*).

*THEMATA: Historia critica comparata mentis Lullianæ, Suarezianæ, Balmesianæ.*

PROFESSOR: Dr. Firminius de Urmeneta & Cervera, Fac. Philosophicæ Universitatis Barcinonen., Scholæ nostræ Professor.

*THEMATA: Historia & Critica Lullismi in Germania.*

PROFESSOR: Dr. Ludovicus Klaiber, Universitatis Friburgensis in Brisgovia, Scholæ nostræ Magister inter fundatores.

A die 21.<sup>a</sup> Dec. 1949 ad diem 6<sup>am</sup> januar. 1950.

### CURRICULUM MONOGRAPHICUM HISTORIÆ APOLOGETICÆ CIVILIZATIONIS OCCIDENTALIS.

Mens. Dec. 1949 & Jan. 1950, sub patronatu institutionis officialis «*Colegio Oficial de Farmacéuticos de Baleares*» (*lingua hispanica*).

PROFESSOR: Honor. Dr. Franciscus Sureda Blanes, Scholæ Rector.

*Lectiones 3: «Temas del Occidente»*

III CURRICULUM MONOGRAPHICUM AESTHETICES, Mense februar. 1950 sub patronatu institutionis Artistorum «*Círculo de Bellas Artes*» (*lingua hispanica*).

PROFESSOR: D. Josephus Ensenyat Alemany, Scholæ Magisterii Professor, Scholæ nostræ Magister fund.

III CURRICULUM LITTERATURÆ CATALANICÆ, VALENT. MAIORICEN. (*lingua catalanica*). 1950.

PROFESSOR: Dr. Guilielmus Colom, Scholæ nostræ Magister.

III CURRICULUM GRAMATICÆ CATALANICÆ. Mense dec. 1949.

PROFESSOR: D. Franciscus de Borja Moll, Scholæ nostræ Magister.

LECTURÆ POETICÆ. «Agrupació d'Amics de la Poesia», nostræ Scholæ filialis.

Mensibus dec. 1949—maii 1950 diebus jovis, hebdomadibus alternis, a secunda die jovis nov. 1949.

### Nota de Secretaría

La abundancia de texto impide ser más explícitos en la reseña de las actividades académicas durante el Curso 1948-1949, y a reducir a simple noticia los Cursos que se han de desarrollar en el Curso Académico 1949-1950, cuyos programas se imprimirán oportunamente.

Por el mismo motivo no se publican hoy las notas bibliográficas de numerosos libros y trabajos impresos que vamos recibiendo.

### Agrupación de Amigos de la Escuela Lulista

La ESCUELA agradece la generosa protección que sus Amigos dispensan a la *Schola*. Desgraciadamente son contados los suscriptores en esa AGRUPACIÓN; y, por consiguiente, los medios económicos de que disponemos son lamentablemente escasos. Lo cual impide un mayor desarrollo de la *Schola*, y la impresión de numerosos trabajos de investigación y estudio.

SUBSCRIPCIONES VOLUNTARIAS: Sr. Rector o Secretario de la Escuela Lulista, Apartado de Correos, 17.—Palma de Mallorca (España).

## CRÍTICA LITERARIA

M. RAMIS ALONSO. — *En torno al pensamiento de J. Ortega y Gasset*, Prólogo de J. Marías, Epílogo de M. Oromí, O. F. M. — (Edición «*Verdad y Vida*», Madrid, 1948, 4.º m., pp. 314).

No es este libro, ni lo pretende el autor, un estudio ensayístico de las orientaciones doctrinales de Ortega; no constituye tampoco un intento definidor de las líneas fundamentales de su filosofía. Mucho dice, de por sí, el título elegido para la nueva publicación: *En torno al pensamiento de José Ortega y Gasset*, que supone y exige una lectura reposada de las obras de Ortega, y la consiguiente anotación marginal de los pensamientos propios nacidos al contacto de los leídos, muy privativo del gusto personal de este joven y autodidacta escritor mallorquín, que de años atrás en plena juventud pensadora, viene aplicando este método de trabajo a Balmes, Gracián y Huarte de San Juan. Últimamente nos ha ofrecido la interpretación amplificativa, verdadera paráfrasis del vasto opus orteguiano, revisando con sutilidad y agudeza el *Prólogo* a Obras, *Meditaciones del Quijote*, ocho tomos de *El Espectador*, *España Invertebrada* y una serie de *Apéndices*. Deja de comentar otros estudios porque le llevarían a repeticiones innecesarias.

A pesar del comedimiento con que procede, quizá sean excesivas las repeticiones en el cuerpo del libro, explicables y casi inevitables en un estudio de esta índole. El comentario corre casi siempre paralelo al pensamiento de Ortega; a menudo no pasa de ser sino un eco de la voz de Ortega, y por lo mismo es persistente, repetidor como los ecos en los valles. Con todo, en la serie de publicaciones de Ramis, destácase este último libro con vigor propio y matiz personal. Muchísimos comentarios, entre los 639 que comprende el libro, constituyen la mejor descripción del autor, viniendo a trazar un psicograma intelectual propio, y aun de su método preferido de trabajo. Ramis es uno de estos lectores sin prisa, que, al leer, repiensa por sí mismo el tema que ha leído; no quiere ser hijo del pensamiento ajeno, sino del

propio, elaborado en la intimidad reflexiva, quiere ser lo que es.

Porque los siente el autor y los vive de verdad, adquieren un tono más elevado y mayor acierto de expresión los comentarios a *Ensayos de Crítica*, donde Ramis subraya la idea favorita, dejada caer aquí y allá en el presente libro, en estudios anteriores y en artículos sueltos: entrar dentro de sí mismo, vivir inclinado sobre la propia vida, «que es hacer surco en la tierra del tiempo, dejando caer en él su existir como semilla de eternidad; el saber de sí para que no falte donde apoyarse para superarse... no vivir en las afueras de sí mismo», etc. Todo afirmado en un sentido plenamente ortodoxo, como aclara este bello inciso en el comentario a una frase de Ortega que dice: «Un ser que desprecia su propia realidad no puede verdaderamente estimar nada, ni haber en él nada verdad». Añade Ramis: «Hay un desprecio de sí mismo, que es el verdadero aprecio de sí, consiste en un transcendental amor de lo que se es que, para no perderse en los apetitos, arrojáse en la voluntad de Dios», p. 73, n.º 217.

«Quien vive de sí y en sí, es el único capaz de vida propia», continúa diciendo en la p. 112. Ramis posee esta vida propia y se complace en ponerla de manifiesto en el diario ejercicio de escribir. Escribir para él no es dar vueltas alrededor de una verdad, «sino un proseguir a continuar en el gusto de aquélla hasta hallar otras, haciendo camino hacia la verdad completa vislumbrada. Escribir es anhelo de ver, a través de sí, más de lo que otros han visto. Ese atrevimiento es esencial en el escritor». Bonita frase autodescriptiva de la labor de Ramis, este escritor solitario, pero no aislado, en los ondulados campos nativos de Sineu, que se recrea en la soledad, y en la compañía de sí mismo va consolidándose en lo que es.

Las intimidades de Ramis se desenvuelven en una trayectoria firme de pensador y han conseguido exteriorizarse de hecho con originalidad. Tal vez la concentrada atención al pensamiento le conduzca a vestirlo con cierta negligencia, que se traduce en expresiones alambicadas o algo retorcidas. Otras veces nos lo ofrece demasiado desnudo. Claro que esto responde también a una convicción personal sinceramente expresada, «todo estilo

que no sea expresión de lo íntimo es palabreo... el escritor para serlo de verdad apenas ha de atender a lo externo...», principio completamente discutible y frecuentemente desmentido en la práctica por el mismo autor. El lenguaje fluente ha de ser vehículo que conduzca sin choque ni entorpecimiento a la comprensión del pensamiento expuesto.

Pocas veces disiente de Ortega, y si se declara contrario, lo hace con tal matiz de cortesía, que el comentario más bien parece un complemento de la doctrina que no un ataque a la misma.

Ramis no cae en el pecado de avaricia de no darse al trabajo de la inteligencia. Cultiva intensamente sus cualidades, lo cual es merecedor de la más calurosa y amistosa enhorabuena. Esperamos justificadamente otros frutos maduros de su pensamiento, que a lo largo de la vida y en el campo elegido del comentario filosófico irán ganando, según ley de la misma, en hondura y luz.

B. TORRES GOST

## Servicio Bibliográfico de la «SCHOLA LULLISTICA»

En este **SERVICIO BIBLIOGRÁFICO** para los Sres. Profesores pertenecientes a la *Schola*, sus alumnos, y estudiosos, se pueden proporcionar los siguientes volúmenes, todos ellos raros en el mercado de libros. De la mayoría no queda sino un solo ejemplar. Los libros serán facilitados por orden riguroso de petición a los estudiosos.

PÍDANSE al Sr. Administrador de la Escuela Lulista de Mallorca, Apartado. 17, Palma de Mallorca (España).

Los pedidos deberán ir acompañados de su importe.

- 1.—BEATO RAMÓN LULL. *LIBER DE MILLE PROVERBIIS*, primera edición latina y mallorquina *Palmae Maioricarum*, a. 1747.  
En 8.º, 26 págs. sin numerar y 83 numeradas.  
Encuadernado . . . . . Precio: 50'00 ptas.
- 2.—BEATO RAMÓN LULL, *LLIBRE DE DOCTRINA PUERIL*. Palma. P. A. Capó, 1736  
En 8.º, 16 págs sin numerar, 453 numeradas e Índice . . . . . » 60'00 »
- 3.—B. RAMÓN LULL. *Arbre de Sciencia escrit a Roma l'any 1295*, Edición, crítica. Tomo I, págs. LVI-331 e Índices Edición de hilo . . . » 125'00 »
- 4.—B. RAMÓN LULL. *LIBRO DE ASCENSO Y DESCENSO DEL ENTENDIMIENTO*  
Versión castellana, Mallorca, Vda. de Frau, 1753.  
4.º, sin encuadernar . . . . . » 130'00 »
- 5.—RAYMUNDI LULLI. *LIBER MAGNUS CONTEMPLATIONIS, Doctori Illuminati & Martyris iuxta moguntinam editiones...*  
*Palmae Majoricarum*.  
16 tomos en 8.º, encuadernados, 1746-1749 . . . » 400'00 »
- 6.—B. RAYMUNDI LULLI. *ARS BREVIS...*  
*Palmae Balearium*, 1669.  
8.º, encuadernado, págs VI-17-131, con cuadros y figuras. . . . . » 125'00 »
- 7.—B. RAYMUNDI LULLI. *Opera Parva. Ex officina P. A Capó, anno 1746* Comprende los cuatro libros lulianos siguientes: *Liber facilis Scientiae. Liber de novo modo demonstrandi, Liber Contradictionis y Liber Quaestionum Thomae Attrebatensis*.  
En 4.º  
Ejemplar encuadernado . . . » 140'00 »  
Ejemplar sin encuadernar. . . » 125'00 »
- 8.—B RAYMUNDO LULLIO, *LIBRO DE SANTA MARIA*. . *traduzido fielmente al castellano. . Impreffo en Mallorca año 1755*.  
4.º, págs. 18. sin numerar, 374 de texto más Índice... . . . » 125'00 ptas.



9. —B. RAMÓN LULL, *ARBRE DE FILOSOFIA D'AMOR*, *Ed crítica de Obrador y Bena-sar*. Raro volumen completo en el texto. Falta la portada exterior. . . . . Precio: 130'00 »
  
10. —B. RAYMUNDI LULLI, *Doctoris Illuminati et Martyris*,... *LOGICA NOVA*. . *Palmae Balear. Typis M. Cerdà & Antich et M. Amoros Typogr.* 1744. Rarísimo ejemplar. En el mismo vol. se comprenden: *LOGICA PARVA Illuminati Doctoris & Martyris B. R. L....*; *LIBER DE QUINQUE PRAEDICABILIBUS ET DECEM PRAEDICAMENTIS* y el *LIBER DE NATURA*; cada uno de ellos con numeración propia . . . » 300'00 »
  
11. —B. RAYMUNDI LULLI, *Doctoris Illuminati et Martyris*, *PARS SECUNDA L PRO-VERBIORUM*... *Palmae P. A. Capó*, 1783, 8.º, sin encuadernar . . . . . » 50'00 »
  
12. —EXPOSICIÓN DE LOS CÁNTICOS DE AMOR COMPUESTOS POR EL INCLITO MARTYR Y DOCTOR ILUMINADO B. RAYMUNDO LULIO, en el Libro *De Amico et Amato*, y místicamente practica-da por la Venerable Sor Ana María del Santísimo Sacramento, Religiosa dominica, etra 3 vols. (1744-1760-1741). Uno de ellos comprende la biografía de la Mística Doc-tora lulista Venerable M. del Sacramento, Religiosa Dominica . . . . . » 300'00 »
  
13. —PASQUAL. Rvmo. P. Raimundo, Abad del Cister, *VINDICIAE LULLIANAE; SIVE DEMONSTRATIO CRITICA* *Immun. Dtc. Illuminati Doctoris B. R. L. . fundata in collatione textuum Lulli...* in quator tomos divisa... (*Aviñon Garrigan*, 1778), 4 gruesos volúmenes en 4º . . . . . » 500'00 »  
 Contiene la doctrina del Doctor Iluminado y es la mejor obra escrita sobre la materia.
  
14. —B. RAYMUNDI LULLI, *Doctoris Illuminati & Martyris*... *OPERA MÉDICA. Contiene cuatro libros. 1, Ars compendiosa Medicinæ; 2, De regionibus sanitatis & infirmitatis; 3, De ponderofitate et levitate elementorum; 4, Liber de Lumine* *Maioricae*, P. A. Capó 1752 Un vol. en 4º; cada uno de los 4 libros con numeración distinta. Ejemplar sin encuadernar, intonso . . . » 250'00 »